

CIENCIA, EDUCACIÓN Y REVOLUCIÓN¹

José Luis Massera

I. INTRODUCCIÓN

LA BATALLA POLÍTICA Y LA BATALLA TEÓRICA

Podría pensarse que, antes de empezar, deberíamos poco menos que pedir excusas por la celebración de este Seminario. Estamos en medio de una tensa batalla política, en uno de sus puntos más altos, en una de las situaciones más graves, si no la más grave, de estos últimos tiempos, determinada por la intervención brutal de los entes de enseñanza y sus consecuencias políticas. Solo tenues velos separan la actual situación de una dictadura abierta; intentan de nuevo levantar cabeza las tendencias fascistas.

1 Extraído de Massera, J. L. 1970 *Ciencia, Educación, Revolución. Algunos problemas actuales* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos).

El contenido de este fascículo está basado en el informe rendido por el Prof. José L. Massera al iniciarse el Seminario sobre Problemas de la Educación y la Ciencia, organizado por la Comisión para los Asuntos Universitarios y de la Educación, dependiente del Comité Central del Partido Comunista. Dicho Seminario se realizó los días 11, 12 y 13 de marzo de 1970, y contó con la asistencia y activa participación de un numeroso grupo de Maestros, docentes de la Enseñanza Media, Profesores y egresados universitarios y estudiantes de diversas ramas de la enseñanza.

El texto ha sido revisado por el autor y completado con partes de sus propias intervenciones en el curso del Seminario y con algunos complementos posteriores a la clausura del mismo.

Una vez más, nuestro pueblo, para honor suyo, responde con la lucha en los más diversos planos: obreros, estudiantes, profesores, la universidad, hasta el Consejo de Enseñanza Secundaria que se pretende deponer, juristas eminentes, parte importante de las fuerzas políticas, incluso parlamentarios que tradicionalmente eran voceros del gobierno en distintos planos y con grados diversos de firmeza y radicalización, luchan y hacen suya la consigna que Arismendi lanzó el jueves pasado: derribar al Consejo de Ministros y, si se dan las circunstancias de la disolución del Parlamento, asegurar elecciones en que, además de elegir nuevas Cámaras, sería plebiscitado el propio Presidente de la República, o sea, en que el pueblo tendría la posibilidad de destituirlo.

En esas circunstancias, nos reunimos para discutir problemas más o menos teóricos. Podría pensarse que nuestra actitud no es muy distinta de la de los célebres sabios de Bizancio.

No es así, ni tenemos por qué pedir excusas.

Sin duda, lo esencial es la batalla política y social que libran las grandes masas por los más diversos motivos, y no se puede, por cierto, reprocharnos que no estemos sumergidos en esa batalla, tratando de impulsarla al máximo. Sin duda, lo hemos repetido mil veces, siguiendo las enseñanzas de Lenin —bajo la advocación de cuyo centenario se celebra este Seminario—, es participando en esa batalla, en medio del golpeteo de las acciones de lucha prácticas, concretas, que las grandes masas elevan y elevarán su conciencia, su comprensión de los problemas profundos, teóricos, de nuestra situación nacional, y que avizorarán las salidas revolucionarias que el marxismo-leninismo prevé y determina con precisión científica.

Pero también es preciso subrayar que, cuanto más aguda es la lucha de clases, tanto más imprescindible es la labor teórica para guiarla, en particular para esclarecer las conciencias. Esto es especialmente cierto en cuanto se trata de influir y ganar a las capas de intelectuales y estudiantes. Y es esta una tarea revolucionaria de nivel estratégico, pues integra el esfuerzo por forjar la alianza del proletariado no solo con los campesinos y otras capas de trabajadores productivos, sino también con las fuerzas de la cultura, que juegan y jugarán un papel cada vez más destacado en esa alianza y que revistan entre las fuerzas motrices de la revolución. Y es, precisamente, a ellas a quienes está particularmente destinado este Seminario, en un esfuerzo por contribuir con nuestra labor teórica a la superación de vacilaciones y errores ideológicos y políticos, y hasta pedagógicos y técnicos. Las propias circunstancias candentes que mueven a estas aclaraciones preliminares lo subrayan. Subrayan el papel excepcionalmente importante de los temas educación y cultura en todo el contexto político-social.

LENIN, LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Lenin tenía constante preocupación por estos temas. Antes y después de la Revolución de octubre, ella aparece reflejada en decenas de artículos que, en particular, se recogen en las excelentes recopilaciones recomendadas en la bibliografía del Seminario y que ustedes habrán leído. Lenin reitera una y otra vez: la toma del poder no resuelve todos los problemas, “es preciso una ingente labor educativa, cultural y de organización, labor que no puede hacerse por medio de la ley, rápidamente, sino que exige un esfuerzo inmenso y prolongado” (Lenin, 1960: 65; 1966: 185).

En el último artículo que nos dejó escrito, “Más vale poco y bueno”, dice:

Para renovar nuestro aparato estatal tenemos que fijarnos a toda costa como tarea: primero, estudiar, segundo, estudiar, tercero, estudiar y después comprobar que la ciencia no queda reducida a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia entre nosotros), que la ciencia se convierta efectivamente en carne y sangre nuestra, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria. (1960: 208; 1966: 826-827)

Lenin sale al cruce de los inventores de entonces de una pretendida “cultura proletaria” separada de toda la tradición cultural de la humanidad; sus palabras fustigan hoy a los actuales inventores de la “revolución cultural” china, en verdad, tapadera de la miserable campaña anticomunista y antisoviética que en estos días cobra particular furia. Reclama asimilar “el acervo de medios y fuerzas humanas que hemos heredado de la vieja sociedad” (1960: 116; 1966: 501-502), en particular, atrayendo y ganando el aparato cultural creado por la burguesía, y recomendando a las juventudes comunistas, en su célebre discurso en el *III Congreso del Komsomol*, como la principal tarea de la juventud, la de *aprender*.

Es cierto que este “aprender” no es solo ni principalmente en el sentido escolástico de la palabra, sino que es, ante todo, aprender en la lucha.

La base de la moralidad comunista —dice— está en la lucha por afianzar y culminar el comunismo. Esa es la base de la educación, la instrucción y la enseñanza comunista. Tal es la respuesta a la pregunta de cómo hay que aprender el comunismo. No creeríamos en la enseñanza, la educación y la instrucción si estas fueran encerradas en la escuela y separadas de la agitada vida. (Lenin, 1960: 132; 1966: 511-512)

Decíamos, hace un momento, que a Lenin lo preocupaban estos temas, antes y *sobre todo después* de la revolución. Porque si bien en muchos

de sus artículos y trabajos prerrevolucionarios² alienta la sensibilidad por los temas de la cultura y la educación, como parte importante del conjunto de reivindicaciones democráticas de los comunistas, y vibra su extraordinaria sensibilidad y su reclamo ardiente de solidaridad hacia la lucha que libran, en particular, los estudiantes por esas reivindicaciones, es sobre todo después de la toma del poder que sus preocupaciones por estas cuestiones se acentúan considerablemente.

Lenin polemiza contra Kautsky y otros oportunistas, que pretendían, dogmáticamente, que antes de emprender la revolución había que esperar tranquilamente a que maduraran *todas* las condiciones objetivas para ella:

Nuestros adversarios nos han dicho más de una vez que emprendemos una obra descabellada al implantar el socialismo en un país de insuficiente cultura. Pero se equivocaron al afirmar que comenzamos no en el orden que se debía, según la teoría (de toda clase de pedantes), y que entre nosotros la revolución política y social precedió a la revolución cultural. (Lenin, 1966: 814; *Cultura*, s/d: 199)

En otro contexto, dice:

si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural... ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y *luego*, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos? (Lenin, 1966: 818; *Cultura*, s/d: 204)

Es cierto, Lenin tenía mil veces razón contra el planteo, de base idealista, de que primero hay que llevar la cultura al pueblo y recién después hacer la revolución. Pero eso no significa que, sin mengua de la necesaria concentración de los esfuerzos en la *tarea estratégica principal*, la conformación de la fuerza revolucionaria y la conquista del poder, no debamos dedicar todos los esfuerzos de que seamos capaces para adelantar *antes de la revolución*, todas las premisas culturales de esta que sean posibles, lo que, a la postre, redundará en facilitamiento de los procesos y tareas culturales tanto prerrevolucionarias como postrevolucionarias. En particular, ganar para la concepción revolucionaria al máximo de intelectuales, educadores, técnicos, que ayudarán valiosamente a que el poder popular futuro no se encuentre desguarnecido en resortes tan esenciales.

2 Véase, entre otros, V. I. Lenin (1967: 51-57; 1960: tomo XXIV, 467-473; 67-70; tomo V, 324-327; 71-77; tomo VI, 75-81; 81-82; tomo VI, 467; 103-109; tomo XV, 202-207).

REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA Y POLÍTICA

En este tren en que estamos de levantar presuntos escrúpulos previos, vale la pena agregar que, en los últimos años, los problemas que tienen directamente que ver con la cultura, la ciencia y la educación, me refiero, en particular, a la interpretación y valoración de la llamada revolución científico-técnica (RCT), aparecen directamente enlazados y vinculados a temas ideológicos básicos en la concepción de la revolución, del tránsito del capitalismo al socialismo. El anticomunismo difícilmente puede adoptar hoy las formas groseras de años atrás (la ridiculización del “gobierno de cocineros y mozos de caballerizas”, o la de que el comunismo significa atraso y hambre), a pesar de que siempre hay Jorges Batlle bastante estúpidos para reincidir en ellas. Hoy sus métodos son más sutiles, revisten las formas de las “teorías de la convergencia”, de la “sociedad industrial”, de la “sociedad de consumo”, del presunto “aburguesamiento de la sociedad soviética” (en que, junto a los ideólogos burgueses se destacan por su celo anti-soviético los dirigentes chinos), las ideas de Marcuse y otros teóricos de moda acerca de la supuesta degeneración revolucionaria de la clase obrera y de la exageración distorsionada del papel de los estudiantes, intelectuales y técnicos, que hacen caudal del auge de la RCT, etcétera.

Es cierto, esas argumentaciones giran, sobre todo, en torno a problemas de las sociedades capitalistas desarrolladas y de los países socialistas, tan diferentes de los problemas reales de nuestros países dependientes. Pero, por una parte, es notorio que, saltando alegremente, entre otras cosas, por sobre esas diferencias abismales, esas teorías inspiran muchas corrientes antimarxistas que circulan en nuestro medio. Por otro lado, es preciso tenerlas en cuenta porque, más allá de esas diferencias de situaciones, que exigen ser estudiadas en concreto, ellas tocan problemas ideológicos básicos que justamente preocupan a mucha gente no solo en los países imperialistas sino también entre nosotros.

Termino estas ya muy extensas consideraciones preliminares. ¿Qué carácter tiene nuestra intervención de hoy? Por supuesto, no pretende ser algo así como un informe general sobre el conjunto del amplio y rico temario del Seminario, tarea más allá de mis fuerzas, que será abordada en informes parciales. Tiene apenas el carácter de una introducción a la discusión, e intenta solamente el señalamiento de cinco o seis grandes problemas de carácter agudamente polémico, que no pretendo, por supuesto, resolver completamente sino apenas esbozar lo más filosamente posible, y que, a mi juicio, deben ser abordados y discutidos en el Seminario. Es claro, por otra parte, que ni siquiera esa discusión podrá resolverlos hasta el fin. Hay que seguir investigando, trabajando teóricamente. En última instancia, se trata

de precisar nuestras concepciones y nuestra política para la cultura y la educación, tarea ingente, pero de enorme importancia para toda nuestra lucha.

II. CIENCIA Y PRODUCCIÓN

Un primer grupo de problemas es el que se centra en torno a la revolución científico-técnica en los países económicamente desarrollados, tanto capitalistas como socialistas. Se están produciendo inmensos y profundos cambios en la base técnica de la producción, lo que constituye, sin duda, una nueva revolución industrial. En particular, es notorio el papel creciente de la ciencia en la economía, que se expresa en la frase, tan llevada y traída, de que “la ciencia se ha convertido en una fuerza productiva directa”.

Aclaremos, al inicio mismo de estas consideraciones, que todo esto, y sus consecuencias ideológicas, no atañe solo a la ciencia y la RCT sino, más genéricamente, al conjunto de cambios profundos, económico-sociales en las grandes potencias imperialistas, que se expresan en el concepto de capitalismo monopolista de Estado (CME), ya anunciado y analizado primariamente por Lenin. Todavía, en un plano de mayor generalidad, a los procesos de gigantescos cambios históricos contemporáneos: la muerte del capitalismo y, con él, de todos los milenarios sistemas de explotación del hombre por el hombre, el paso al socialismo y al comunismo, el tránsito “del reino de la necesidad al reino de la libertad” y, en este fresco monumental, la acción recíproca entre los diversos planos económico-sociales, políticos, ideológicos, científicos, culturales. Es un cataclismo grandioso y trágicamente optimista, pero cualquier cosa menos lineal y simple.

CARÁCTER DE LA ACTUAL REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA

Antes de seguir adelante, creo necesario hacer algunas precisiones:

1) El término *revolución* científico-técnica es perfectamente legítimo en tanto señala el contraste entre otros períodos históricos en que más bien cabe hablar de desarrollo gradual o evolución de la ciencia y la técnica, y los acelerados ritmos y enormes saltos cualitativos que caracterizan la actualidad. Es, por lo menos tan legítimo como el consagrado para la *revolución industrial* del siglo XVIII.

¿En qué consisten esos cambios cualitativos? Sin ánimo de sentar una categorización absoluta, quizás los más trascendentales sean: a) la sustitución de ciertas funciones mentales del trabajador por las máquinas cibernéticas; b) la utilización de nuevas fuentes de energía, energía atómica y, sobre todo, en el futuro, energía termonuclear, teóricamente disponible en cantidades ilimitadas; c) la conquista del espacio cósmico, que apenas se inicia pero que, sin duda, abrirá

posibilidades inéditas para el futuro desarrollo del conocimiento y de las fuerzas productivas; d) los comienzos de una “revolución” en las ciencias biológicas, que probablemente tendrá consecuencias inmensas en la satisfacción de las necesidades alimenticias y, por ende, en la más antigua y relativamente más estancada rama de la producción: la agricultura y la ganadería.

Pensamos que, desde el punto de vista social, lo trascendente de la RCT reside, sin embargo, en la cibernética (Boccarda, 1968: 26).³ Del mismo modo que en la revolución industrial del siglo XVIII, lo esencial es la sustitución de *la mano hábil* del obrero por *una mano mecánica*, capaz de hacer lo mismo que aquélla, y no tanto la creación de *motores mecánicos* (máquina a vapor, etc.) capaces de sustituir su *fuerza muscular* (o la de animales, del viento o del agua, etc., empleados desde muchísimo tiempo antes), en la actualidad, lo esencial es la sustitución del *cerebro* del obrero, el capataz, etc., por un “*cerebro electrónico*”, capaz de hacer lo mismo que aquél en infinidad de tareas. En relación al primer caso, Marx es categórico; en el capítulo XIII del Libro Primero de *El Capital*, recuerda que John Wyatt, al inventar la máquina de hilar decía que era una máquina para “hilar sin dedos”, y afirma que “de esta parte de la maquinaria, la máquina-herramienta, es de donde arranca la revolución industrial del siglo XVIII”; dice que: “la esencia de la cosa no cambia en nada porque la fuerza impulsora provenga de un hombre o a su vez de otra máquina”. Por el contrario, “la revolución industrial se apodera *primero* de esta última parte, precisamente *del instrumento del oficio*, y deja al hombre, junto con el nuevo trabajo de vigilar la máquina con su ojo y corregir sus errores con su mano, el papel simplemente mecánico de fuerza motriz”; hace notar, por fin, que “la misma máquina de vapor, tal como fue inventada, a fines del siglo XVII... no produjo revolución alguna en la industria. Al revés, ha sido más bien, por el contrario, la creación de las máquinas herramientas la que hizo necesaria la nueva máquina de vapor” (Marx, 1946: 268-270; Marx & Engels, 1962: 392-396). De la misma manera, nos parece claro que la sustitución del “trabajo de vigilar la máquina con su ojo y corregir sus errores con la mano”, que, en realidad, es principalmente un trabajo *mental*, por las máquinas cibernéticas es lo que determina la revolución industrial en curso y su expresión más típica, la automatización de la producción.

REVOLUCIÓN CIENTÍFICA Y REVOLUCIÓN SOCIAL

2) ¿Es casual la aproximada coincidencia en el tiempo de la revolución industrial del siglo XVIII y la revolución burguesa, en un caso, y

3 P. Boccarda sostiene un punto de vista concordante.

de la RCT y la revolución socialista, en otro? Pensamos que no, y que la aproximación histórica de ambos planos de transformaciones y su interacción, ilustra expresivamente la tesis básica del materialismo histórico acerca de las relaciones entre la base y la superestructura de la sociedad y hasta, si se quiere, la célebre frase de Marx: “la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos solo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización” (Marx & Engels, 1952: 333). Pero de ahí a *identificar*, o casi, los dos planos, como hacen R. Garaudy y las diversas variantes de las teorías de la convergencia (sobre esto nos extenderemos más adelante), disolviendo en particular, la revolución socialista en la RCT, media un abismo. En lo hondo de aquélla interacción se ubica no la *identidad* de los dos planos sino, precisamente, la *contradicción fundamental* entre las fuerzas productivas en desarrollo y las relaciones de producción caducas; la mera imprecisión en este aspecto significa, lisa y llanamente, negar o traicionar el marxismo. Aquí cabe un nuevo toque de atención acerca del uso ligero de la frase “la ciencia se ha convertido en una fuerza productiva directa”, especialmente cuando se la aplica a los países capitalistas desarrollados.

Precisamente, las exigencias y la “presión”, si así puede decirse, de la RCT “reclaman” el socialismo, y ayudan al desarrollo e impulso de la lucha y de la conciencia de clases que, en última instancia, desembocan en la revolución. “De hecho, en las actuales condiciones, se reproduce en una nueva forma y en proporciones gigantescamente acrecentadas, la mutua relación entre la revolución técnica y la lucha de clases, que analizó C. Marx”, dice justamente I. A. Sokolov (1969: 15). E inclusive no es exagerado afirmar, como hace el mismo autor, que la lucha de clases, en su expresión internacional en la segunda y tercera etapas de la crisis general del capitalismo, es uno de los factores impulsores más importantes de la RCT en los países imperialistas:

Al fracasar los cálculos acerca de la posibilidad de desembarazarse del socialismo por el camino de la guerra, los enormes éxitos de la Unión Soviética y otros países socialistas alcanzados en la segunda mitad de los años cincuenta y al comienzo de los sesenta, elevaron el papel de los aspectos económicos de la lucha de los dos sistemas y obligaron a los gobiernos burgueses a forzar, por todos los medios, el progreso científico-técnico y a adoptar medidas dirigidas especialmente a la elevación de los ritmos del desarrollo económico. (Sokolov, 1969: 11)

De ahí, también, la interacción entre la RCT en los países capitalistas y el paso de estos a la etapa del CME. “Sin el capitalismo monopolista

de Estado, la revolución tecnológica no hubiera adquirido tal amplitud en Estados Unidos” (West, 1970: 59). Es preciso encarar estos fenómenos en toda su real complejidad.

El leninismo ha repudiado las ideas simplistas y vulgares sobre la posibilidad de una bancarota automática del capitalismo como resultado del “taponamiento” de las fuerzas productivas, de la estagnación. V. I. Lenin consideraba que lo más esencial en el capitalismo monopolista es la unidad contradictoria de los dos “principios” del monopolio y la competencia. Es ella, precisamente, notaba Lenin, la que prepara la revolución socialista. Esta unidad condiciona el entrelazamiento de dos tendencias contradictorias. Una, la tendencia al estancamiento de las fuerzas productivas, a frenar el progreso técnico, que es inherente a *todo monopolio*, en las condiciones de la propiedad privada de los medios de producción. Otra, la tendencia a un rápido desarrollo del capitalismo en ciertas ramas industriales, en ciertos países, en determinados períodos. Lenin vinculaba esta segunda tendencia a la competencia. (*Cultura*, s/d: 204 y 818)

LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA ESTÁ SOLO EN SUS COMIENZOS

3) Sin mengua del justificado asombro que producen ciertos logros de la RCT, es preciso no caer en la beata idealización que consiste en suponer que esta está poco menos que plenamente realizada. La verdad es que la renovación radical de las fuerzas productivas debida a la RCT está apenas en sus comienzos y tiene proporciones relativamente muy modestas, tanto en los países capitalistas como incluso en los socialistas. “Lejos de estar realizada, la RCT está *apenas esbozada* en todos los países” (Lojkin, 1970: 115); “en lo esencial, sin embargo la actividad manual sigue siendo el elemento predominante en todo trabajo productivo”. (Laurent, s/d: 128)

Un aspecto característico es que en las grandes fábricas [de los EE.UU.] la automatización y la nueva tecnología se introducen fundamentalmente *en la primera fase* del proceso de producción. Así, en la industria del acero, la posibilidad de producir actualmente en una hora la misma cantidad de acero bruto que antes requería de 6 a 8 horas, se utiliza para intensificar el trabajo humano en el resto de la fábrica, que *en su conjunto sigue sin estar automatizada*. (West, 1970: 61)⁴

Por otra parte, el proceso de automatización se realiza en mucha mayor proporción en el comercio que en la producción propiamente dicha:

Sobre aproximadamente 26.000 ordenadores [“cerebros electrónicos”] existentes en 1965 en los principales países capitalistas desarrollados, solo

4 Comentario del autor entre corchetes.

700 tenían uso industrial [...] el 1 de enero de 1967, en Francia, los “ordenadores industriales” eran 109 sobre un total de 2.3230. (Vernay, s/d: 186-187)

En cuanto a la Unión Soviética,

la parte de los trabajadores que compaginan orgánicamente en su actividad el esfuerzo físico y mental está en aumento, y seguirá aumentando en los próximos años, *aunque con extrema lentitud*. Baste con decir que, en 1965, los obreros encargados de dirigir y observar el funcionamiento de las instalaciones automáticas representaban, con respecto al número total de obreros: en la construcción de maquinaria y elaboración de metales, el 0,6%; en la industria química, el 3%, y en la ligera (incluida la textil), el 0,2%.

En la presente etapa, la tarea principal consiste en acabar con el abrumador trabajo manual no calificado. (Shkaratán, 1969: 146-147; 151)

LOS REFLEJOS IDEOLÓGICOS DE LOS ACTUALES CAMBIOS EN LA BASE MATERIAL DE LA SOCIEDAD

Volviendo al curso principal de lo que estábamos diciendo, la inmensa conmoción derivada de la revolución socialista mundial, el paso del capitalismo a la etapa del CME y el ímpetu con que se inicia la RCT, tiene, como es lógico, un reflejo importante en el plano ideológico. En particular, nos interesa aludir al surgimiento y resurgimiento de toda clase de concepciones ideológicas burguesas y pequeñoburguesas de sentido reaccionario, contrarrevolucionario, que van desde la extrema derecha a la extrema “izquierda”, tocándose a menudo los extremos, como de costumbre. Se habla, por ejemplo, de una supuesta transformación y rejuvenecimiento del capitalismo y, correlativamente, de la pretendida caducidad del marxismo y aún del marxismo-leninismo. Aquí entran toda suerte de variantes del llamado “capitalismo popular” y de versiones “novísimas” de las añejas teorías de la colaboración de clases.

Más directamente como consecuencia del creciente papel de la ciencia y la técnica, encuentran terreno fértil diversas modalidades de “tecnocratismo”, que pretenden fundamentarse en una prioridad absoluta y avasallante atribuida a los avances técnicos, que relega a un segundo o tercer plano o incluso hace desaparecer por completo el problema crucial de las relaciones de producción y de su expresión concreta: qué clases son propietarias de los medios de producción. En última instancia, aquí se inspiran las múltiples variantes de las teorías “desarrollistas”, para uso, principalmente, de los países dependientes y recientemente liberados del coloniaje.

Sobre estas y otras bases se edifican las teorías de la “convergencia”, de la “sociedad industrial única”, de la “sociedad post-industrial”, etc., que pretenden borrar las diferencias cualitativas entre el régimen capitalista y el régimen socialista, o que sostienen la gradual

aproximación de uno al otro, “deducida” de la identidad de sus bases científicas y tecnológicas que, por sí mismas, llevarían a la necesidad de la planificación económica, a la homogeneización de las clases sociales, a que el capitalismo adquiriera rasgos de socialismo y a que la Unión Soviética vuelva —siempre según ellos— a la economía de mercado y se produzca el “aburguesamiento” de la sociedad soviética, como consecuencia de la elevación del nivel de vida del pueblo. En definitiva, obraría la tendencia a una fusión de ambos sistemas en algo que no es ni capitalismo ni socialismo, sino la “sociedad industrial única” (Rostow, R. Aron). Como conclusión final resulta la inutilidad (¡e incluso el carácter perjudicial!) de la revolución socialista y la caducidad de toda la teoría marxista de la lucha de clases.⁵

En el plano social, todo esto se expresa en las tesis que exageran el papel de científicos, técnicos y estudiantes, y rebajan el papel de la clase obrera; o que sostienen la conformación de una llamada “nueva clase” o de un novedoso “bloque histórico” (R. Garaudy) en las sociedades desarrolladas, tanto capitalistas como socialistas, con lo que se asestaría un golpe de gracia a las concepciones marxistas-leninistas sobre el papel del proletariado en la revolución socialista y en la construcción de la nueva sociedad.

Estas concepciones no son siempre apologéticas. Por ejemplo, en el caso de Marcuse, que hace furor últimamente, aparece con un marcado carácter pesimista, casi apocalíptico, su crítica de la “sociedad de consumo”, el acento morboso puesto en la alienación del hombre, en su “unidimensionalidad”, en la represión de sus instintos “sanos”, ante todo sexuales, por la “sociedad opresiva”, en el papel negativo del avance tecnológico y de la “racionalización científica”, ¡por supuesto, tanto en capitalismo como en socialismo!⁶

Como es lógico, este apartamiento de la realidad, en particular, de la realidad de la lucha de clases, esta incapacidad para ver o esta negativa a ver las contradicciones objetivas de la sociedad y el papel de la clase obrera, este rechazo de la racionalidad revolucionaria, conducen a un callejón sin salida y, en última instancia, a reverdecer concepciones escapistas (“hippies”, etc., perfectamente tolerables para el sistema) y anárquicas.

Tomemos como ejemplo, a Dutschke, líder de la “revuelta” estudiantil alemana. Sin mengua del respeto por su figura de luchador y sin perjuicio de la justeza de muchas de sus apreciaciones sobre la

5 Desde el punto de vista informativo, es útil el artículo de E. Bréguel (1969: 119-142).

6 Es interesante relacionar estas concepciones con algunas que, en el plano económico, sostienen Baran y Sweezy; ver P. Boccara (1968: 20-23).

situación en los países imperialistas y de sus críticas a ciertas concepciones reformistas, en definitiva, ¿con qué nos encontramos?

- a) Con una idealización del CME, al que supone capaz de asegurar una “alta productividad del trabajo, de conceder mejores salarios, cantidades crecientes de mercaderías y una capacidad de consumo creciente”. “Los socialistas —dice— no deberían ya esperar las señales de una profunda crisis económica del sistema capitalista”; asegura que “a través del Estado, el poscapitalismo regula cada vez más el proceso económico”, y que “gracias a la estandarización, a la estadística social y a la nueva función asumida por el estado, la tradicional espontaneidad del capital ha sido suprimida”, si bien admite vagamente que “en forma contradictoria” (Dutschke, 1968: 74).
- b) Con una evasión del duro, tremendo problema de organizar la conquista del poder; pretendiendo hacer como que este no existiera, llamando a las masas a “una reestructuración social [que] solo es posible *si ellas mismas asumen su propio destino, si crean sus propias organizaciones autónomas* en las diferentes instituciones (fábrica, universidad, escuela, iglesia, etc.)”, llamando a “hacerles comprender [a las masas] esa lucha extraparlamentaria como una lucha por *el hombre nuevo*, por la creación de formas de organización *autónomas*, formas que *articulen y organicen los intereses y las necesidades específicas de los hombres, de los grupos, de las fracciones*”, rechazando las “organizaciones extrañas como los partidos” (Dutschke, 1968: 75),⁷ entre los cuales se cuenta, por supuesto, el Partido Comunista, en su concepción leninista. Insiste, más adelante, que las organizaciones “autónomas” de que habla son “de *hombres que no están ya dispuestos a someterse a las reglas del juego*” (Dutschke, 1968: 76)⁸ ¡como si se tratara de un “juego” y no del enfrentamiento a un *poder* que tiene “reglas” tan “convincientes” como las que van desde el garrote policial hasta los cañones, tanques y aviones! No casualmente, el odio y la supuesta acción de masas que Dutschke propicia, trata de concentrarlas sobre el parlamento y los partidos y *no contra el poder de clase efectivo, el aparato burocrático-militar*, que casi no se menciona y al que se deja elegantemente de lado. En última instancia, este “revolucionario” *no se plantea siquiera el problema del*

7 Notas del autor entre corchetes.

8 Notas del autor entre corchetes.

poder. En verdad, entre estas tesis supuestamente “ultraizquierdistas” y las de ciertos revisionistas de derecha yugoslavos y checoslovacos (entre otras cosas, con la glorificación de la famosa “autogestión”) y otros no tan yugoslavos, hay bastantes coincidencias; como es usual, los extremos se tocan.⁹

MARX Y SU ENFOQUE DE LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA

A nuestro juicio, hace falta una profunda crítica marxista de estas concepciones, franca y honesta, que mire cara a cara los *nuevos* fenómenos de la sociedad capitalista moderna, que no eluda los reales problemas de los países socialistas (para mencionar solo dos ejemplos bien distintos: Checoslovaquia y China), pero que aborde con agudo espíritu crítico *clasista* estos nuevos problemas. Pensamos que las respuestas existentes son todavía muy esquemáticas, insuficientes, cuando no erradas.

Y no es, por cierto, porque estos fenómenos, que hoy estallan con la fuerza de los hechos, no hayan sido previstos y descritos, en sus grandes líneas, por Marx, Engels y Lenin. En particular, en el *Manifiesto Comunista*, en *El Capital* y, más aún, en los *Fundamentos de la Crítica de la Economía Política*, se describe vívidamente como el sistema capitalista (a diferencia de los regímenes anteriores, cuyo rasgo es el conservadurismo, el carácter estático, la hostilidad a las innovaciones en las técnicas productivas), es esencialmente “revolucionario” y lleva al “reemplazo de la fuerza del hombre por las fuerzas naturales y de la rutina experimentada por el empleo consciente de la ciencia” (Marx, 1946: 278; Marx & Engels, 1962: 407). Citando a Ure, “el Píndaro de la fábrica automática”, la describe como “*un monstruoso autómeta*,”

9 Nos parece, por ejemplo, peligrosa y confusionista la forma en que V. A. Cheprakov (En *capitalismo monopolista de Estado*, Ed. Progreso, Moscú, Cap. X) expone y desarrolla la justa tesis de Lenin acerca de que “el CME es la preparación material más completa para el socialismo” (Lenin, 1966: 284). Naturalmente, Cheprakov se apoya constantemente en Lenin y su exposición puede, a primera vista, parecer estrictamente “ortodoxa”. Pero la verdad es que en ella resultan totalmente insuficientes los imprescindibles acentos polémicos contra las interpretaciones revisionistas de derecha. ¿Qué pensar, por ejemplo, de frases tales como: “El CME crea las condiciones objetivas y subjetivas para acabar con el poder del capital” (1966: 334), o de la afirmación de que la lucha por transformaciones antimonopolistas “conduce a la solución inmediata del problema de la toma del poder” (1966: 361), dichas sin el debido contrapeso y prevención acerca de que, precisamente, el propio desarrollo del CME conduce al reforzamiento inaudito del aparato burocrático-militar; que hay que hacer saltar para llevar a cabo la revolución, y de los medios de información de masas, dedicados a la sistemática confusión ideológica de éstas? ¿Qué diferencia entre el tono general de este capítulo de Cheprakov y el del libro de R. Arismendi, *Lenin, la revolución y América Latina*!

compuesto de innumerables órganos mecánicos y conscientes, que obran de común acuerdo y sin interrupción” (Ibíd: 303 y 441).

Es cierto que, particularmente en ciertos pasajes de los *Fundamentos*, se puede sacar la impresión de que Marx habla de este proceso técnico- material de la producción en forma tal que parecería “sin fronteras”, usando, en particular, los verbos en un “presente histórico” y aun en un “pasado”, que se refiere, en realidad, a un futuro, y, concretamente, al futuro *socialista*. Véanse, por ejemplo, estas frases:

Desde que el trabajo, bajo su forma inmediata [viva], *ha dejado de ser* la fuente principal de la riqueza, *el tiempo de trabajo cesa y debe cesar de ser su medida*. (Marx, 1968: 222)¹⁰

Cuando la fuerza productiva del medio de trabajo *ha alcanzado* el nivel del proceso automático, la premisa es la sumisión de las fuerzas naturales *a la inteligencia social, mientras que el trabajo inmediato del individuo, cesa de existir, o mejor, es transformado en trabajo social*. (Marx, 1968: 227)¹¹

El desarrollo del capital fijo indica el grado en que la ciencia social en general, el saber, *se han convertido* en una *fuerza productiva inmediata*. (Marx, 1968: 223)¹²

Desgajadas del contexto, tomadas aisladamente, estas citas parecerían dar razón a los teóricos de la “sociedad industrial” y de la “convergencia”, a los nuevos “Píndaros de la automatización”. En realidad, Marx tiene presente, no solo el proceso “natural” del desarrollo de las fuerzas productivas y de la ciencia, sino el proceso *social, revolucionario*, que, en determinado momento, hace saltar de las formas capitalistas que, a pesar de todo, incluyen tendencias a constreñir el proceso “natural”, al régimen socialista que, en su esencia, es el contexto social adecuado a ese proceso “natural”. *En esas mismas páginas*, desenmascara la esencia brutal, antinatural, de estos procesos bajo el capitalismo:

La ciencia constriñe [...] los elementos inanimados de la máquina a funcionar como autómatas útiles. Tal ciencia ya no existe, pues, en el cerebro de los trabajadores: *a través de la máquina*, actúa, más bien, *sobre ellos* como *una fuerza extraña* [...] *La apropiación del trabajo vivo por el trabajo objetivado* —de la fuerza y actividad valorizadoras por el valor en sí— es inherente a la naturaleza del capital. (Marx, 1968: 212)¹³

10 Notas del autor entre corchetes.

11 Primeras itálicas del autor.

12 Primeras itálicas del autor.

13 Itálicas del autor.

La acumulación del saber, de la habilidad, así como de todas las fuerzas productivas generales *del cerebro social*, son entonces, *absorbidos en el capital que se opone al trabajo*. (Marx, 1968: 213)¹⁴

El capital ha *aprisionado* a todas las ciencias *a su servicio* [...] La invención se convierte entonces en una rama de los negocios. (Marx, 1968: 220)¹⁵

Al mismo tiempo, para el capitalismo, el proceso es profundamente contradictorio:

El capital es una contradicción en proceso: por una parte, empuja a la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo y, por otra, hace del tiempo de trabajo la única fuente y la única medida de la riqueza [...] De una parte, evoca todas las fuerzas de la ciencia y de la naturaleza, así como las de la cooperación y circulación sociales, a fin de hacer a la creación de riquezas (relativamente) independiente del tiempo de trabajo utilizado para ella. Por otra parte, pretende medir las gigantescas fuerzas sociales así creadas con el patrón del tiempo de trabajo. (Marx, 1968: 222)¹⁶

Es así que el capital, como fuerza dominante de la producción, *se encamina él mismo a su disolución*. (Marx, 1968: 215)¹⁷

Nada, pues, de idílicas “convergencias”, ni del uso ligero de frases como “la ciencia se ha transformado en fuerza productiva directa”. Particularmente en el extenso capítulo XIII del Libro Primero de *El Capital*, Marx no solo no es el Píndaro del avance tecnológico sino más bien un violento Isaías, que acusa acerba y apasionadamente al régimen capitalista.

EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO FRENA E IMPULSA LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA

Antes de pasar a otros temas, quiero todavía señalar algunos aspectos conexos con lo que estamos diciendo:

1) En el juego de las dos tendencias mencionadas por Lenin, es indiscutible que el capitalismo, más en su etapa actual, promueve cierto desarrollo de la ciencia. La esquematización que pinta solo los lados negativos del capitalismo en relación a la RCT (y aun al mismo CME) y sus consecuencias exclusivamente desastrosas está reñida con

14 Itálicas del autor.

15 Itálicas del autor.

16 Itálicas del autor.

17 Itálicas del autor.

la realidad y puede, por eso, ser incluso contraproducente desde el punto de vista de la propaganda socialista. Las cosas son mucho más complejas y finas, se da un doble fenómeno de impulso y freno, no puede incluso negarse que el CME procura, en ciertos sentidos, levantar estos frenos a la RCT que derivarían del juego espontáneo de los intereses parciales y estrechos de los monopolios.

Al mismo tiempo, es preciso rechazar toda idealización del capitalismo en estos aspectos, al estilo de los Garaudy y otros “convergentes”. *El capital* “aprisiona” la ciencia y la convierte en capital fijo, en “trabajo muerto que domina y chupa la fuerza viva del trabajo” (Marx, 1946: 306; Marx & Engels, 1962: 446), prostituyendo así a la ciencia. Usa a esta para someter y degradar, a la vez, al obrero y al “productor de ciencia”, que también es “expropiado” y convertido masivamente en asalariado. Este último aspecto, descrito inteligentemente por Julio Rodríguez en la reciente Mesa Redonda de la UJC (“Estudios” N° 54, s/d: 23-26) no ha sido tampoco, por cierto, un proceso lineal, y valdría la pena analizarlo en detalle.

EL ESTADO CARGA CON LOS “*FAUX FRAIS*” DE LA CIENCIA

2) El capital ha alternado, de acuerdo a sus conveniencias, la “proletarización” directa de los técnicos y científicos, llevándolos como asalariados a las fábricas, con la utilización de técnicos y científicos asalariados por el Estado y las universidades (incluidas las de los países “subdesarrollados”), apropiándose así de los frutos de su trabajo, de la “inteligencia social”, sin cargar siquiera con el pago de su fuerza de trabajo y del equipamiento necesario para la investigación.

La verdad es que, en la actualidad, la masa de capital necesaria para la investigación científica y técnica y para la implantación de la nueva técnica en la producción se hace cada día más gigantesca.

Solo las más grandes compañías tienen hoy suficientes posibilidades financieras para la elaboración e implantación de los novísimos tipos de producción y de los métodos de su fabricación masiva. Solamente ellas concentran en sus manos esos gigantes medios, compartidos a estos fines por el Estado. En 1960, a las 384 mayores firmas de los EE.UU. con más de 5.000 obreros ocupados por cada una, correspondía el 85 % de todas las inversiones para la elaboración e implantación de la nueva técnica, de las cuales el 65% las suministraba el gobierno federal. (Sokolov, 1969: 18)

Lo más característico del actual momento es el papel cualitativamente nuevo del Estado burgués en el desarrollo del progreso científico-técnico y en la introducción de sus hallazgos. Como se observó más arriba, los monopolios desplazaron hacia las finanzas estatales la parte del león (según los países,

de 2/3 a 3/4) de las inversiones, que han crecido gigantescamente en los últimos años, para la investigación científico-técnica. (Sokolov, 1969: 28)

Si en 1941 el Estado dedicó a investigaciones científicas y desarrollo 0,72 dólares por cada dólar gastado por la industria privada para estos fines, en 1964 la proporción fue de 2,10 a 1. (West, 1970: 59-60)

Sin embargo, este traspaso de funciones no deja, tampoco, de ser contradictorio bajo el capitalismo y conduce a nuevos fenómenos negativos: “los monopolios se ven tironeados entre el deseo de hacer financiar la investigación por el Estado y el de mantener su control privado. Esto conduce a la existencia de organismos públicos o “mixtos” que tienden a conciliar ambos” (Vernay, s/d: 19).¹⁸ Aun en las condiciones de nuestro país, tan diferentes de las de las grandes potencias imperialistas, estos fenómenos tienen expresión y vale la pena estar en guardia acerca de ellos.

EL CAPITALISMO DEFORMA Y AHOGA LA CIENCIA

3) Tanto por uno como por otro camino, el del dominio directo por los monopolios o el del traspaso controlado al Estado, el CME deforma y ahoga la ciencia, en grado importante, supeditándola a los intereses estrechos del capital.

Son pues estos [los monopolios], en última instancia, por medio de los dispositivos de adjudicación de los recursos, los que definirán la política y las orientaciones de la investigación (y de la enseñanza), los objetivos y posibilidades de la ciencia, en función de la elección que ellos hacen (en el cuadro de la competencia internacional exacerbada) de los sectores productivos (y, por tanto, de investigación) donde el beneficio será máximo y más inmediato. (Bourtoyre, 1970: 38)

Ello reclama una actitud vigilante y combativa por parte de los hombres de ciencia y educadores para defender los verdaderos intereses del progreso: “asegurar contra todo sofisma el principio de la investigación fundamental, defender sus derechos contra los imperativos maltusianos del beneficio y de la política de los monopolios, es defender a la vez el porvenir de la ciencia y de las técnicas más modernas” (Besse, s/d: 27). En el plano de la enseñanza:

crecen rápidamente las necesidades de equipos y rubros para desarrollar la educación superior y la investigación fundamental. Pero también aflora una contratendencia al racionamiento de estos equipos en relación a las

18 En lo que se refiere a la enseñanza, es interesante el ensayo de J. Launay (1969: 63-92).

necesidades que crecen rápidamente, para no recargarlos sobre la acumulación del capital y los beneficios [...] De ahí la presión sobre las condiciones de vida y trabajo, incluidas las de los trabajadores intelectuales. (Boccaro, s/d: 61)

A nivel de enanos, estas tendencias negativas las manifiestan, por nuestras latitudes, los J. Batlle y F. García Capurro.

BAJO EL CAPITALISMO, LA CIENCIA ENTRA EN LA PRODUCCIÓN COMO CAPITAL FIJO

4) *¿Cómo* es que la ciencia, *bajo el capitalismo*, interviene en la producción material? Ya hemos prevenido contra la utilización demasiado literal de citas de Marx que, en verdad, muchas veces se refieren al período histórico de tránsito, a la vez técnico y social, del capitalismo al socialismo y no específicamente al momento *capitalista* de este tránsito. La dilucidación profunda de la cuestión, supone un análisis complejo y delicado de un problema nada simple,

indagar en otras raíces del proceso: los diversos tipos de trabajo y su relación bajo el imperio del gran capital; la actualización de categorías como la de “trabajo acumulado y muerto” y de sus relaciones con el útil [más bien, “vivo”]; el distinto carácter de la fuerza de trabajo según el tipo de relación con respecto al proceso de producción útil y con respecto al mecanismo global de explotación capitalista; la producción de la plusvalía, su realización o posibilitación en trabajos previos muertos (investigaciones, etc.), según nuevas funciones sociales y productivas, etcétera. (Massera, 1969: 21)¹⁹

No podemos entrar aquí en este análisis. Me limitaré, por eso, a algunas citas más de Marx y de otros autores, cuya apreciación general comparto.

Con la ciencia sucede lo que con las fuerzas naturales. Una vez descubierta, *ya nada cuesta...* [Nota al pie: “La ciencia no cuesta absolutamente *nada* al capitalista, lo que de ningún modo le impide explotarla]. Pero para explotar estas leyes [...] se necesitan *aparatos muy vastos y costosos* [...] Si es evidente, pues, a primera vista, que la gran industria, incorporando inmensas fuerzas naturales y la ciencia al proceso de producción, tiene que elevar extraordinariamente la productividad del trabajo, no es de manera alguna igualmente claro que esta fuerza productiva acrecentada no sea pagada, *por otro lado, por medio de un mayor gasto de trabajo*. Como cualquier otra parte

19 Ver el muy interesante artículo, aunque discutible en muchos aspectos, de J. Launay, *Reflexiona sur le concept de production*, *Economie et Politique* N° 170, s/d: 69-95.

constituyente del capital constante, *la maquinaria no crea valor alguno, pero cede su propio valor al producto* [...] En la gran industria aprende el hombre por primera vez a hacer actuar *gratuitamente* en gran escala, como una fuerza natural, *el producto de su trabajo pasado y ya objetivizado*. (Marx, 1946: 278-279; Marx & Engels, 1962: 407-409)²⁰

No se puede pues estar de acuerdo con las ideas expresadas aquí y allá, según las cuales el trabajo de investigación generaría plusvalía. (Metzger, 1969: 31)

La actividad científica no es actividad productiva, mismo si su contabilización representa un problema [...] Los resultados de la ciencia no tienen valor de cambio y no podrían transmitirse [en el intercambio *económico*]. Si la ciencia-actividad no es una producción, ¿la ciencia-resultado (los conocimientos) o la ciencia-aptitud (capacidad humana de conocer cada vez mejor la naturaleza y de imaginar nuevas utilidades de la misma) se alinean entre las “fuerzas productivas” y cómo? *Los resultados de la ciencia básica*, de la creación técnica e, igualmente, los resultados de la enseñanza, *son ideas*, representaciones, líneas de conducta, *de que disponen los productores* [...] Se ve así que el carácter del trabajo científico tiene una doble consecuencia. Por una parte, como se ha visto, diferencia la actividad científica de la producción. Por otra, ubica la aptitud científica en el conjunto de aptitudes que *el hombre social* pone en juego en la producción. (Vernay, s/d: 80)

Sería erróneo, pensamos, asimilar la *ciencia* al trabajo productivo. Cualquiera sea su objeto, toda ciencia es conocimiento de lo real [...] Es porque tomaba la ciencia en serio, como representación racional de lo real [...] que [Marx] preveía su intervención cada vez más sistemática en el ciclo de la producción. Es porque es *conocimiento* de las leyes de la naturaleza y de la sociedad que una ciencia nos permite *utilizar* esas leyes. Pero eso significa que *utilizar* estas leyes es otra cosa que *conocerlas*. (Besse, s/d: 26)

Ahora bien, la ciencia no crea plusvalía. Se ve entonces a los medios capitalistas gemir acerca de “la ineficacia” de la investigación científica. Pero *la sociedad* ejerce, *indisociablemente*, actividades de producción y otras, que no comprenden solamente la ciencia, sino también el arte, la actividad de organización, la educación de los miembros de la sociedad, etc. Todas son cada vez más necesarias al desarrollo de la actividad social en su conjunto, producción material incluida. Es a causa de eso que, *fuera de la producción*, el capitalismo debe suscitar una masa creciente de trabajo intelectual para subsistir. Es en primer lugar el de los *educadores*, cada vez más numerosos, necesarios para una elevación del nivel cultural y técnico de los trabajadores. Es el de los *hombres de ciencia*, cuya actividad es vital para el desarrollo *de los conocimientos* y, por ende, *indirectamente*, de la producción y de toda la sociedad. (Vernay, s/d: 20-21)

20 Comentario del autor entre corchetes.

TRABAJO MANUAL E INTELECTUAL

5) Un aspecto de lo anterior es la cuestión de la unidad y separación del trabajo manual e intelectual y su presunta “fusión”, *bajo el capitalismo*, en el “obrero colectivo” y aun en el trabajador individual. Aquí, también, me limito a algunas citas que corresponden a un pensamiento que comparto, lo que no quiere decir que no sea necesaria una mucho mayor profundización del tema:

Así como en el sistema de la naturaleza la cabeza y la mano son solidarias, el proceso de trabajo combina el trabajo cerebral y el trabajo manual. *Posteriormente se separan basta un enemistoso antagonismo*. En general, de producto *inmediato* del productor individual, el producto pasa a ser *producto social y común de un obrero colectivo*, es decir, de un personal combinado de trabajo, cuyos miembros están *más cerca o más lejos* del manipuleo del objeto de trabajo. Con el carácter cooperativo del proceso mismo del trabajo, *ensánchase*, pues, necesariamente, el concepto de trabajo productivo y de su portador, el trabajador productivo. Para trabajar de modo productivo ya no es necesario poner uno mismo las manos; *basta ser órgano del obrero colectivo*, ejecutar una cualquiera de sus funciones parciales. La *antedicha*²¹ determinación *primitiva* del trabajo productivo [...] es siempre *verdadera para el obrero colectivo*, considerado en su integridad. Pero *no es ya válida para cada uno de sus miembros*, tomados separadamente.

Por otra parte, *estréchase* el concepto de trabajo productivo. La producción capitalista no es solamente producción de mercancías, *es esencialmente producción de plusvalía*. El obrero no produce para sí, sino para el capital. *Ya no basta, pues, que simplemente produzca. Tiene que producir plusvalía*. Solo es productivo el obrero que produce plusvalía para los capitalistas *o que sirve a la autovalorización del capital*. Si es permitido tomar un ejemplo fuera de la esfera de la producción material, un maestro de escuela es un trabajador productivo cuando no solo trabaja (*bearbeitet*) las cabezas de los niños, sino que se mata trabajando (*abarbeitet*) para enriquecer al empresario. Nada cambia en la relación porque este haya colocado su capital en una fábrica de lecciones y no en una de salchichas. El concepto de trabajador productivo *no implica, pues, absolutamente, una mera relación entre la actividad y el efecto útil, sino también una relación de producción, específicamente social, históricamente formada*, que sella al trabajador como medio inmediato de valorización del capital. (Marx, 1946: 369-370; Marx & Engels, 1962: 531-532)²²

21 Se refiere a la frase inicial del capítulo: “Hemos considerado primero [véase el capítulo V] el proceso de trabajo en abstracto, independientemente de sus formas históricas, como un proceso entre el hombre y la naturaleza. Vimos entonces que, si se considera el conjunto del proceso de trabajo desde el punto de vista de su resultado, aparecen [...] el trabajo mismo como trabajo productivo”. Nota del autor.

22 La cita es extensa pero, a mi juicio, esencial; truncarla, como hace J. Metzger

El capitalismo, en sus comienzos, rompió la unidad del trabajo intelectual y del trabajo manual que se encontraba, *a escala individual y embrionaria*, en el artesano y el campesino feudales [...] El capitalismo, al desarrollar las fuerzas productivas, no solamente aumentó la especialización del trabajo debido a su creciente división en actividades complementarias. Redujo la gran masa de los obreros a no proporcionar más que un trabajo simplificado, imitativo, parcelario, confiando a los especialistas la tarea de introducir en la máquina la combinación de factores capaz de asegurar la adaptación del trabajo a su objeto. Así, el lado *creador* del trabajo pasaba *por encima de la cabeza* del trabajador manual, o más bien *bajo sus barbas*, en la máquina. Con el progreso actual de las técnicas, es cada vez menos posible separar el aspecto manual y el aspecto intelectual del trabajador colectivo y también del individual (mismo si no estamos más que al comienzo de este acercamiento). El trabajo manual y el trabajo intelectual comienzan así a *tender* hacia una nueva unidad (muy distinta de la antigua), consecuencia del carácter cada vez más social del trabajo en su conjunto. Se lo ve en el *doble movimiento* del trabajo intelectual en la gran producción moderna: eliminado en ciertos lados (parcelización reforzada, aislamiento de la investigación, etc.), reaparece en otros (oficinas de estudios, próximas a la ejecución, nueva calificación de ciertos trabajos, etcétera). (Vernay, s/d: 82-83)

La calificación acrecentada que exige [la automatización] toma la [forma] de la escisión entre la masa de los nuevos obreros especializados, *con trabajo más nervioso y más intelectual pero poco calificado*, y las capas crecientes de trabajadores intelectuales superiormente calificados. (Boccarda, 1968: 61)²³

Roger Garaudy desconoce en particular, como Touraine y Vigier, el *doble movimiento*, en los países capitalistas desarrollados, de *calificación* y de *des-calificación* de la fuerza de trabajo, la yuxtaposición contradictoria de una demanda de personal cada vez más calificado y de una demanda de trabajadores sin ninguna calificación, *incluidas las ramas de punta* (automóvil, electrónica). (Lojkin, 1970: 119)²⁴

SOLO EL SOCIALISMO ENCUADRA NATURALMENTE E IMPULSA SIN LÍMITES LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA

6) De todo lo anterior surge claramente, como era de esperar, una conclusión inequívoca, *opuesta* a la de las teorías de la “convergencia”: *el socialismo es el ámbito natural para el desarrollo de la RCT*, y no el capitalismo. Es *en principio y tendencialmente* en el socialismo que

(1969: 30) suprimiendo la referencia al inicio del capítulo y, sobre todo, suprimiendo el segundo párrafo, puede llevar agua al molino de los Garaudy, contrariamente a la justa intención de Metzger.

23 Notas del autor entre corchetes.

24 Itálicas del autor. Ver también interesantes observaciones en las páginas siguientes.

la RCT puede conocer un auge pleno, sin tropezar a cada rato con contradicciones que la estorban.²⁵ “Al desarrollo de la ciencia como fuerza productiva directa de la sociedad se halla vinculado el futuro del socialismo”, dice N. P. Dubinin (1970: 281).

Pero también aquí hay que guardarse de simplificaciones excesivas y burdamente apologéticas. Los notables éxitos actuales de la Unión Soviética, la RDA y otros países no pueden hacernos olvidar los retardos, hace algunos años, en la elaboración y aplicación de ciertos aspectos de la RCT (por ejemplo, de la cibernética y de ramas científicas afines, como la lógica matemática, etc.) derivados directa o indirectamente de los esclerosamientos ideológicos anexos al culto a la personalidad de Stalin, en la propia Unión Soviética, en Checoslovaquia y, en otro plano por cierto muy diferente, en China.²⁶

Ello exige desarrollar amplia y creadoramente, con profunda atención a las realidades actuales, todos los aspectos que lleven a una profunda comprensión del papel de la ciencia en la producción moderna, del significado de la RCT y de su vinculación con el tránsito revolucionario del capitalismo, en la actual fase del CME, al socialismo. Para eso se requiere un combate en dos frentes: contra las teorías revisionistas de derecha (“convergencia”, “sociedad industrial única”, etc.) y contra las teorías anárquico-marcusianas. Pese a que estas, en

25 W. Ulbricht (1968) dice: “antes, una empresa capitalista era capaz, en cierta medida, de crear por sí sola las condiciones de su reproducción ampliada. Hoy existe un entrelazamiento estrecho, determinado por las leyes económicas, objetivo, de la producción, la instrucción pública, la cultura y otros dominios. Para poder dominar esta correlación, para su óptima configuración, se requieren, en última instancia, las condiciones del orden socialista” (1968: 15-16). “La conquista del poder político por la clase obrera y la supresión de la propiedad privada capitalista significan no sólo la liberación de los trabajadores de la explotación, sino el único camino posible para pasar a la dirección científica, necesaria, del desarrollo social en su conjunto” (1968: 32).

26 W. Ulbricht y el PSUA, en general, vienen poniendo, justamente, el acento en la aplicación plena de los métodos más avanzados de la ciencia a la planificación global de la sociedad socialista, en todos sus aspectos estructurales y superestructurales, sobre la base de las orientaciones fundamentales del marxismo-leninismo. Es una tarea gigantesca y absolutamente nueva en la historia. Aun en su aspecto estrechamente económico, no es ni será, posible resolverla completamente sino después de muchos esfuerzos en el desarrollo creador del marxismo. “Naturalmente, no es fácil desarrollar la economía socialista planificada bajo las condiciones de la RCT. Hay todavía muchos problemas por resolver. Uno de ellos es la cuestión de cómo, con máxima seguridad, se pueden elaborar y llevar a la práctica criterios y normas para la variante más efectiva de la estructuración de la economía nacional [...] En última instancia, todos estos problemas se resumen en penetrar profundamente en el proceso de reproducción socialista, determinado por las leyes económicas, y crear un modelo exacto del proceso económico en el socialismo y de su planificación y dirección” (1968: 31).

ciertos aspectos, podrían calificarse de desviaciones “de izquierda”, en realidad tienen un profundo sentido regresivo, apuntan a descoyuntar y anarquizar el gigantesco mecanismo productivo *social* que el capitalismo ha contribuido a crear. No se trata de volver a los viejos buenos tiempos de Colas Breugnon. Por el contrario, la cuestión consiste en llevar el proceso a sus últimas consecuencias y alcanzar, en la sociedad comunista, un nivel tal de productividad y abundancia en que el hombre y la ciencia no sean aprisionados por la máquina y acosados por un consumo en gran medida impuesto por el interés del capital, sino que, al revés, ellos dominen libremente la máquina, la producción y el consumo para la satisfacción plena de sus necesidades.

Pero, si las raíces de una comprensión profunda de estas cuestiones se encuentran en Marx, repito que, a mi juicio, los desarrollos actuales de estos temas son aun totalmente insuficientes, cuando no errados. En particular, me parecen insatisfactorios varios de los estudios contenidos en el tomo ya citado de *Ciencias Sociales Contemporáneas* (Shkarátan, 1969: 7-8; 65-81; 105-118; 126-131; Sokolov, 1969: 22-32), para no hablar de los trabajos “sin fronteras” de los Garaudy y compañía.

La verdad es que el salto cualitativo que presupone la RCT unida, en sus grandes líneas, a la revolución socialista, al paso “del reino de la necesidad al reino de la libertad”, es tan gigantesco, llevará a crear algo tan realmente nuevo, que exige un replanteo global de toda la actividad humana y de sus concepciones, en particular de algunos temas críticos como las antítesis libertad-organización (dirección), individuo-sociedad, cultura especial-cultura general, centralización-descentralización, etc.,²⁷ reclama analizar las etapas de su transformación, que no puede menos de ser extremadamente compleja e incluir momentos contradictorios. Bajo esta luz, las teorías de los ideólogos de moda, tanto de derecha como de “izquierda”, aparecen como ridículamente mezquinas e ingenuas, en última instancia, estúpidas. Toca al marxismo-leninismo realmente creador explorar a fondo y enriquecer este campo ideológico decisivo.

27 Refiriéndose a los ideólogos burgueses que plantean “una contradicción entre racionalización económica y humanitarismo... entre la medida máxima de realización de las exigencias humanitarias y la medida máxima de actuación económicamente óptima en la sociedad socialista”, dice W. Ulbricht (1968: 34): “Una tal confrontación y separación de humanitarismo y racionalización parte del inadmisibile y esquemático traslado de las consecuencias contraproducentes de la RCT en el CME, al socialismo [...] La ciencia y la técnica, la racionalización y la efectividad no existen “en si” y tampoco actúan de por si humana o inhumanamente. Adquieren su función finalista del sistema social en que se desarrollan [...] Nosotros decimos muy francamente: Solamente sobre la base de una elevada efectividad económica se pueden hacer realidad los ideales humanos, y la abnegada lucha por alcanzar altos resultados económicos en la RCT es la más alta empresa humanitaria”.

LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA Y LOS PAÍSES DEPENDIENTES

Como ya dije, estos problemas tienen un interés teórico general, universal; por lo mismo, también tienen interés para nosotros, para nuestro país, *en cuanto atañen a problemas generales de la revolución socialista, del tránsito del capitalismo al socialismo*. Los problemas de la RCT pueden incluso ser puntos de partida para agudas tomas de conciencia acerca de la necesidad de los cambios revolucionarios. Pero ellos deben ser manejados con cuidado en su aplicación concreta, con cuidado de no trasplantar mecánicamente las situaciones y problemas de los países imperialistas a los países dependientes como es el nuestro.

Si se habla de RCT, no hay nada parecido entre nosotros; al contrario, en todos los casos hay un retroceso relativo y, en muchos, un retroceso absoluto del nivel técnico de la producción, tanto industrial como agropecuaria. Si se habla de CME, si bien hay algunos fenómenos y tendencias del capital monopolista “nacional”, de una injerencia no pequeña del Estado en la economía y de imbricación estrecha de las clases oligárquicas con el aparato estatal, en lo sustancial se trata de fenómenos muy diferentes a los de los países desarrollados. En cuanto a la mentada “sociedad de consumo”, más bien habría que hablar de “sociedad de subconsumo”, por mucho que nuestra sociedad tenga algunos rasgos análogos a aquella, debidos más a una mimetización superficial que a fenómenos emergentes de una real base material, etcétera.

Por eso, es necesario un estudio *concreto* de la influencia en los países dependientes de los nuevos fenómenos del imperialismo, y también de los cambios operados en los países socialistas y en la correlación de fuerzas mundiales; en particular, de la RCT.

En una primera aproximación, la RCT contribuye a *ahondar el abismo* entre los países capitalistas desarrollados y los “subdesarrollados”, y esto por varios caminos (Shpirt, 1969: 163-184):

1. Se acentúa la diferencia de nivel de las fuerzas productivas. El ritmo vertiginoso del avance de la ciencia y la técnica no puede ser seguido por los países débiles, por razones culturales y económico-financieras. El volumen muy grande de las inversiones requeridas por el avance tecnológico, la rapidez vertiginosa de la renovación de equipos, la rapidez del “desgaste moral” del capital fijo, etc., están fuera del alcance de nuestras débiles economías. Esto lleva a la obsolescencia acelerada de las instalaciones productivas, a una productividad cada vez relativamente menor, que dificulta enormemente la competencia,

- a la casi imposibilidad de la implantación de muchas de las ramas más modernas de la industria.
2. Se producen grandes modificaciones en la demanda de materias primas, muy rápidas a veces, con una tendencia general a la disminución de la demanda de productos agropecuarios, reemplazados por materiales sintéticos. Hay que prever dificultades particularmente graves para el Uruguay que, por ahora y por lo que se sabe, no tiene riquezas minerales importantes y de gran demanda; por supuesto, podría teóricamente encontrarse compensaciones en el desarrollo de la industria transformadora, pero esto se ve dificultado por las trabas derivadas de la estructura económico-social, la dependencia del imperialismo y la razón “1” precedente.
 3. Las dificultades para el propio desarrollo cultural y científico autóctono. J. Rodríguez, R. Laguardia y otros se refirieron a esto en la Mesa Redonda de la UJC (“Estudios” N° 54, s/d). Destaco brevemente tres aspectos parciales del problema: a) el gigantismo de la “infraestructura” de la investigación científica moderna, la necesidad de enormes inversiones para llevarla a cabo, particularmente en muchas ramas “nuevas”, que nos coloca, en general, por debajo del “umbral mínimo” para acceder a la producción de ciencia (aunque, hay que decirlo, *hay excepciones*, zonas en que la investigación está al alcance de los países económicamente débiles); b) la especialización extrema de la ciencia moderna, que obliga a trabajar con equipos relativamente numerosos, fuera de proporción con el potencial humano calificado de estos países; c) el influjo negativo del “colonialismo” cultural, que es consecuencia tanto del efecto más o menos automático de los factores anteriores como de la política cultural concreta de las potencias imperialistas, que se traduce en la evasión y captación de cerebros, en los “bandoleros” que roban ciencia (Laguardia), en los contratos de investigación que, en el mejor de los casos, nos subordinan a los planes y necesidades científicas de los países imperialistas, y otras vías por las que se nos mantiene en esa especie de “subciencia” de que hablaba Laguardia.²⁸

28 “Demostramos la falacia de la argumentación [desarrollista] de la necesidad de la ciencia y la técnica cuando se lleva una política paralela de destrucción de equipos y de éxodo de profesionales y de técnicos” (Lebedinsky, 1969: 11).

A propósito de todo esto, todavía una observación más. Arismendi (s/d: 31) ya señaló la distorsión peculiar en la reproducción capitalista de nuestros países, que “se procesa anormalmente entre un sector II interno y un sector I externo”. Pero, en la propia medida en que el desarrollo capitalista y, en particular, la RCT tienden a aumentar el predominio de la sección I, de las “fábricas de capital fijo”, esa distorsión tiende a agravarse.

Por supuesto, todo esto tiene su raíz en la dependencia *del imperialismo*, y las soluciones, en principio, solo pueden radicar en la liberación nacional y en la vinculación fraternal al sistema socialista mundial, como bien lo señalaron Julio Rodríguez y R. Laguardia en la Mesa Redonda de la UJC (“Estudios” N° 54, s/d: 26 y 31). Bien entendido, con ello no se eliminan totalmente los efectos de ciertas causas objetivas como las señaladas en el anterior numeral “3”. Un pequeño país, aun socialista e integrado plenamente al sistema socialista mundial, no puede desarrollar “toda” la ciencia, en particular, algunas de sus ramas más modernas. Pero puede sí participar *plenamente*, a través de la división socialista del trabajo cultural, en el proceso mundial del avance científico.

Todo esto, repito, debe ser analizado creadoramente, a fondo, *por nosotros*, los marxistas-leninistas de los países dependientes. En el aspecto ideológico, ello exige atender otro frente, *específicamente nuestro*, de combate contra ciertas tendencias antimarxistas de moda, que, si pueden tener ciertos asideros en la situación de los países capitalistas desarrollados, esos presuntos asideros resultan absurdamente incongruentes entre nosotros. En particular, es preciso desarrollar y enriquecer la lucha contra ciertas doctrinas diseñadas, en cierto modo, para uso específico en los países dependientes, y esclarecer profundamente nuestra posición frente a ellas. Estoy pensando, concretamente, en la más importante actualmente, las diversas variantes del “desarrollismo”, cuyo parentesco y, a la vez, distinciones con el “tecnocratismo” de los países avanzados debe ser destacado y analizado. Me limito aquí apenas a esta mención de un tema que requeriría desarrollos considerables.

III. LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA Y LA ESTRUCTURA DE CLASES DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA

INTELECTUALES Y ESTUDIANTES EN LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS MODERNAS

Quiero decir algo acerca de los cambios sociales y políticos que determinan estos nuevos fenómenos ligados a la RCT. Me refiero al papel de los intelectuales, técnicos, científicos, y de los estudiantes, en las

sociedades capitalistas modernas (en particular, en las sociedades dependientes) y en la revolución.

Se puede y se debe partir del célebre pasaje del “Manifiesto Comunista” sobre las capas medias.²⁹ Pero es necesario actualizarlo y adecuarlo a la etapa histórica actual, caracterizada por el proceso de la crisis general del capitalismo, por el paso al imperialismo y al CME, por la RCT, por una parte, y, por otra, por la revolución socialista, la existencia del sistema socialista mundial y la RCT en los países socialistas, que afecta y modifica sustancialmente, profundamente, en sentido objetivo y subjetivo, a estas capas. Sin cambiar la justeza esencial del planteo de Marx y Engels, se modifican muchos aspectos particulares y, sobre todo, se producen cambios cuantitativos enormes, que no pueden menos de traducirse en cambios cualitativos, en cuanto al paso masivo de estos sectores a posiciones próximas al proletariado y a la alianza revolucionaria con este.

Laguardia recordaba que en EE.UU., Alemania, Inglaterra, el 80-90% de la población activa son asalariados, entre ellos, la mayoría de los intelectuales (“Estudios” N° 54, s/d: 32).

De 1961 a 1966 el número total de empleados en la industria privada [de los EE.UU.] aumentó en el 15 %. En este mismo período, las cifras de empleo de científicos, ingenieros y técnicos se incrementaron en el 40% [...] En 1968, casi el 40% de los científicos e ingenieros empleados en la industria estaban dedicados, en primer término, a la investigación y a los problemas del desarrollo. El 25% de los científicos e ingenieros estaban contratados por el gobierno federal, fundamentalmente por el Departamento de Defensa. (West, 1970: 63)

Durante el período comprendido entre 1955 y 1966, el número de trabajadores con instrucción superior y media especial en toda la economía nacional [de la Unión Soviética] aumentó en el 150%, y el total de obreros y

29 “De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionarla. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria: el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Las capas medias —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarlas, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarlas, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarlas únicamente cuando tienen ante sí no sus intereses presentes, sino sus Intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado” (Marx & Engels, 1952: 31-32).

Vale la pena recordar que el propio Marx, en la *Crítica al programa de Gotha*, reaccionaba enérgicamente contra las interpretaciones demasiado estrechas y esclerosadas de estos párrafos (Marx & Engels, 1952: 18-19; 31).

empleados, en el 60%. En la industria, el número de especialistas se acrecentó en aquellos mismos años en el 270%, mientras que el aumento de todo el personal se limitó al 50%. Como resultado, en 1966 había 132 ingenieros y peritos por cada mil obreros, frente a 37 en 1928 [...] En 1966 ascendía a 769.600 el número de científicos soviéticos, contra 98.300 en 1940. (Shkaratán, 1969: 154)

En Francia, se estima que solo los ingenieros, cuadros y técnicos representan el 10% de la población activa (Marchaís, 1970: 28).³⁰ Incluso en Uruguay, como se sabe, el 70% de la población activa son asalariados, entre ellos muchos miles de intelectuales. La cifra de los estudiantes, en muchos países, es multimillonaria; en Uruguay es bastante mayor de los 100.000.

PEQUEÑOBURGUESÍA “CLÁSICA” Y “MODERNA”

En segundo lugar, me parece importante distinguir, entre la pequeñoburguesía “clásica” (artesanos, pequeños y medianos campesinos, pequeños comerciantes e industriales) que es a quienes explícitamente se refiere el *Manifiesto*, y las capas medias “modernas” (científicos, técnicos, docentes, etcétera). Mientras aquélla representa, en lo fundamental, un *resabio de formaciones precapitalistas* (y ahí radican sus tendencias regresivas), estas son (por lo menos como fenómeno masivo) *frutos del desarrollo capitalista*. Sin perjuicio de que unas y otras

30 En un reciente artículo de S. Laurent (1969: 15-46), se incluye el muy interesante cuadro estadístico de la población activa francesa, que reproducimos a continuación con leves cambios de presentación:

	1954	1962	1968
Clase obrera	40,3%	43 %	44,5%
Otros trabajadores asalariados	20,4%	25,6%	30,5%
Total de asalariados	60,7%	68,6%	75 %
Capas medias urbanas no asalariadas	14 %	11 %	8,7%
Campesinos trabajadores	20,3%	15,9%	12,3%
Dirigentes de empresas capitalistas y auxiliares de la burguesía	5 %	4,5%	4 %

En cifras absolutas, los asalariados aumentaron en casi tres millones de 1954 a 1968, de los cuales 900.000 obreros y dos millones de asalariados de las capas medias (*loc. cit.*, p. 31). Las capas medias “clásicas” (no asalariadas) pasaron del 34,3% de la población activa al 21%, y eso “en un país tanto tiempo caracterizado por su pequeñoburguesía rural y urbana como Francia”, como comenta P. Boccara (*s/d*: 62). S. Laurent da los siguientes datos sobre el porcentaje de ingenieros, técnicos y cuadros sobre el total de los trabajadores de ciertas ramas Industriales “avanzadas”: 26% en la química, 30% en la electricidad, 50% en la electrónica. 60% en el petróleo y más del 75% en la industria nuclear (*s/d*: 36).

(aunque por *distintos* caminos) son empujadas a la “proletarización” o, más precisamente, a la condición de asalariados y, en ese sentido, les son aplicables a ambas las generales de la ley enunciadas por Marx y Engels, su distinto origen y condición social las lleva a matices importantes de diferencia en su reacción frente al proceso objetivo.³¹ En tercer lugar, es preciso tener cuidado con el uso ligero de términos tales como “proletarización” para describir el proceso de esas capas que, por brevedad, podemos llamar intelectuales. La verdad es que la inmensa mayoría se dedica a actividades no productivas o por lo menos no directamente productivas (servicios, educación, investigación). Incluso en Francia, país altamente desarrollado, se estima que

solo un 4-5 % de ellos [ingenieros, técnicos, cuadros] deben ser incluidos en la clase obrera” (Marchais, 1970: 28) y que el resto se dedica a actividades auxiliares de la producción y de su dirección: conducción técnica de la producción, organización, funciones comerciales. El hecho, sin embargo, es que la inmensa mayoría son asalariados y que, para usar la fórmula precisa de Laguardia, “venden sus fuerzas de trabajo [...] *producen plusvalía o contribuyen a crearla*, y sus intereses, en conjunto, coinciden cada vez más [con los de la clase obrera].³²

31 También en este sentido, nos parecen totalmente insuficientes las consideraciones que hace V. A. Cheprakov en las pp. 315-328 de su libro citado. Si bien hace la distinción entre lo que, por brevedad, hemos llamado pequeñoburguesía “clásica” y capas medias “modernas” (p. 319-320), no realiza un análisis profundo de estas últimas, a las que, simplemente, incluye en la categoría de “trabajadores asalariados”, lo que, en primer lugar, no es totalmente cierto, pero, sobre todo, no ayuda a distinguir las claramente del resto de los asalariados, omitiendo el examen de los rasgos de la situación intermedia que mantienen, a pesar de todo. Esta imprecisión puede llevar a graves consecuencias políticas: tanto a alentar interpretaciones “a la R. Garaudy”, que borran las fronteras entre estas capas y la clase obrera propiamente dicha, como a una subestimación de ellas en el cuadro de las alianzas del proletariado. Esto último es lo que ocurre al propio Cheprakov; véase, por ejemplo, el “programa antimonopolista” que esboza en p. 353, en el que aparecen reivindicaciones explícitas para los campesinos y para la “burguesía urbana pequeña y media”, pero donde no hay ni una sola palabra acerca de los estudiantes, los intelectuales, etc.

32 “Estudios”, N° 54, p. 34; comentarios del autor entre corchetes. Coincidentemente, R. Leroy (1968: 8-9), dice: “la mayoría de ellos [los ingenieros, cuadros y técnicos] ejercen una doble función, a la vez productores de plusvalía y colectores de plusvalía. En general, los técnicos e ingenieros no son, por otra parte, una u otra cosa, son una y otra. Sus funciones son fluctuantes, se modifican para cada uno de ellos a lo largo de su vida. En masa, pues, pertenecen a las capas intermedias [...] Queda, sin embargo, el hecho de que ingenieros, cuadros y técnicos son explotados y que lo son a la vez en su doble función, como asalariados productores o no de plusvalía, como colectores de plusvalía, puesto que no son propietarios de los medios de producción”. Ver datos estadísticos interesantes, aunque un poco viejos, en “Algunos datos numéricos sobre las capas sociales de los Ingenieros”, *La Nouvelle Critique*, N° 155 (1964: 1-5), parcialmente reproducidos por J. P. Massera (1969: 21-23). También se encuentran observaciones

Nos parecen interesantes las precisiones que aporta S. Laurent sobre el concepto de *clase obrera*, y su distinción con el de *trabajador colectivo* que, como ya hemos visto, usa Marx en determinadas circunstancias:

la clase obrera se compone no solo de los proletarios de los campos, usinas, minas y obras, que constituyen el corazón de aquélla, sino también del conjunto de trabajadores —*cuya actividad crea plusvalía*— que intervienen en la preparación del trabajo industrial (técnicos de fabricación, diseñadores y, *parcialmente*, programadores y analistas, empleados de los servicios de planeamiento y de los centros de cálculo, etc.), o que contribuyen a la terminación del proceso de fabricación (trabajadores de los transportes y telecomunicaciones, acondicionadores, embaladores, trabajadores de comercio en detalle, etcétera).

No se podría, pues, asimilar el concepto de trabajador colectivo al de clase obrera. El “trabajador colectivo” puede, en efecto, incluir (como productor indirecto o trabajador no productivo) a asalariados no obreros: investigadores, ingenieros, cuadros, etc. Actividad productiva y actividad no productiva intervienen, una y otra, en el trabajador colectivo. En otros términos, si bien todos los obreros pertenecen, de una u otra manera, a un colectivo de trabajadores, los miembros del trabajador colectivo —y, particularmente, los ingenieros, técnicos y cuadros, cuyo número crece— no son por ello, en su mayoría, parte integrante de la clase obrera.

En relación a estas “nuevas” capas medias, nos parece necesario rechazar, pues, dos extremos igualmente erróneos: ni negar que su condición social los convierte en un importantísimo aliado del proletariado en las luchas antimonopolistas y por el socialismo, ni borrar las fronteras entre clases, aceptar las teorizaciones acerca de una presunta “nueva clase” de las sociedades modernas, de la homogeneización e integración clasistas de estas, que, en última instancia (y, en los ideólogos burgueses, sirviendo a un propósito deliberado), conducen a negar el papel revolucionario principal del proletariado.

EL PROCESO POLÍTICO E IDEOLÓGICO DE LOS INTELLECTUALES

En cuarto lugar, es preciso analizar cuidadosamente sus tendencias ideológicas, que no pueden asimilarse ni a las del proletario puro ni a las de los pequeñoburgueses “clásicos”, no ya de los “tenderos” propiamente dichos sino ni siquiera de sus “representantes políticos y literarios”, para usar el lenguaje de Marx (Marx & Engels, 1952: 250). En particular, están ausentes en esas “nuevas” capas, o casi ausentes, o apenas se manifiestan como vagas tendencias imaginarias, la idea

del retorno a la sociedad precapitalista o la idea de su conversión en burguesía propiamente dicha, en capitalistas.

Se usa y abusa del término “alienación”, de origen hegeliano y utilizado y desarrollado por Marx en sus obras juveniles, tan execradas por algunos, pero, hay que decirlo, también en *El Capital*, en particular, en sus análisis del doble carácter, concreto y abstracto, del trabajo y del fetichismo de la mercancía. Pero, ¿cómo es, *concretamente*, la “alienación” de las capas intelectuales de la sociedad capitalista moderna? ¿Cuál es su origen “material”? ¿Cómo es su reflejo espiritual, ideológico? Se puede hablar de la pérdida de su “individualidad” y de su forzada integración en el “obrero colectivo” (“Estudios” N° 54, s/d), en la masa en cierto modo anónima de las fuerzas productivas altamente socializadas; se puede hablar de su reducción a un trabajo cada vez más “parcelario”, en que el producto intelectual, en particular, el resultado de la investigación científica, es cada vez menos el “resultado” y la “propiedad” de cada uno de ellos (Ibíd: 25): se puede hablar de la “aguda sensación de despojo” ante el gigantesco mecanismo capitalista que los aprisiona y domina;³³ se puede hablar de la conciencia más o menos precisa de que el fruto de su trabajo se usa para fines que les son ajenos y hasta repudiables, en particular, militares, de la imposición, más allá de su voluntad, de los temas mismos de su trabajo (Ibíd: 32), de la “sensación de insatisfacción y de frustración” que resulta del aislamiento social en que los encierra el régimen capitalista (Ibíd: 33); se puede incluso hablar del hecho objetivo de que su trabajo, en definitiva, conduce al predominio del capital, que son agentes del mecanismo por el cual el “trabajo muerto domina y chupa la fuerza viva de trabajo”.

Todo esto es cierto, y probablemente deben agregarse otros aspectos. Pero, fundamentalmente, creemos que es necesario un análisis profundo, de conjunto, que lleve a una síntesis rica de la situación y tendencias ideológicas de los intelectuales en la actualidad. En este análisis, es preciso no idealizar esta situación, que tiene aspectos negativos;³⁴

33 Ibíd., p. 24. “El movimiento de mayo-junio mostró la amplitud de la aspiración de los ingenieros, cuadros y técnicos a una responsabilidad más real en la producción. El carácter parcelario del trabajo, la concentración de la iniciativa y de los reales poderes de decisión en algunas manos, reducen a los ingenieros, cuadros y técnicos a una mutilación de sus capacidades” (Leroy, 1968: 11).

34 “Sin embargo, un cierto número de realidades como el origen social de la mayoría de ellos [los ingenieros, etc.], su formación (en particular, la recibida en las grandes écoles, pero no es el único aspecto), su papel particular, su modo de vivir y, sobre todo, el carácter reciente de este fenómeno, explican un desfase bastante importante entre su situación concreta y la conciencia que tienen de ella, sobre todo la conciencia de sus intereses fundamentales” (Metzger: 1969: 37-38). “Con la ayu-

pero, al mismo tiempo, no subestimar las influencias directamente ideológicas de *signo positivo* del mundo circundante, influencias particularmente activas en gentes cuya profesión es el trabajo intelectual,³⁵ influencias que, en la actualidad, incluyen, como un factor decisivo, el auge y prestigio crecientes de la doctrina marxista-leninista y el reflejo de la realidad del sistema socialista mundial, en particular, de la Unión Soviética y, entre nosotros, en forma muy destacada, de Cuba.

LA JUVENTUD Y LOS ESTUDIANTES

En quinto lugar, nos parece imprescindible estudiar a fondo los problemas y papel de los estudiantes y, más generalmente, de la juventud, esa capa tan importante, cuantitativa y cualitativamente, en las sociedades modernas, que juega, lo estamos viendo diariamente, y está llamada a jugar un papel muy grande, junto al proletariado, en la revolución. Hay que hacer una crítica profunda de las concepciones de Garaudy y otros,³⁶ que, en líneas generales, se engarzan en las concepciones ya aludidas de la “nueva clase” y de un borrar las fronteras del proletariado. Al mismo tiempo, es preciso huir de todo mecanicismo, ajeno al marxismo-leninismo, y no descartar factores como el “idealismo” de la juventud, que el propio Lenin subraya cuando habla del “espíritu de una juventud que no está todavía hundida en el fango del pantano burgués” (Lenin, 1960: 408), pero también sin adularla y sin pasar por alto sus aspectos negativos. Las capas sociales como estas de que estamos hablando, tremendamente zarandeadas y golpeadas, en medio de la crisis económica, social, política e ideológica del régimen, de las furiosas luchas sociales, del choque de sus clases fundamentales, buscan un lugar al sol, en medio de la tormenta, una autojustificación y una autosatisfacción *como tales capas que son*, lo que, muchas veces, las conduce a la pretensión de jugar un papel “orientador” en medio de ese “desagradable” caos que es la lucha de clases. Afloran así ciertas tendencias a un “paternalismo” estudiantil, valga la paradoja, y otras tendencias negativas, que los ideólogos burgueses, como Marcuse, estimulan demagógicamente; no casualmente, Marcuse resulta tan atrayente para amplios grupos estudiantiles.

da de la herencia ideológica, no hay pues nada de sorprendente en que la toma de conciencia de estas capas sociales sea, al principio, esencialmente reformista y no revolucionarla... por su calificación, su cultura (de clase), el relativo individualismo de su trabajo, los trabajadores intelectuales perciben de una manera mucho más indirecta y debilitada [que los obreros], la contradicción fundamental del capitalismo” (Lojkin, 1970: 122-123). Ver también S. Laurent (1969: 44).

35 Lenin alude muchas veces a esto, particularmente en relación a los estudiantes; ver, por ejemplo, Lenin (1967: 86; 1960: tomo VII, 38-39).

36 Ver, por ejemplo, *Cuadernos de Marcha*, N° 15, pp. 59-65: en particular, pp. 62-63.

En sexto lugar, valen aquí, si se quiere aún más acentuadamente, las prevenciones sobre la necesidad de no calcar mecánicamente situaciones y problemas de los países capitalistas desarrollados trasladándolos, sin más, a países dependientes como el nuestro. Si, hace un rato, preveníamos contra las tendencias a exagerar el proceso de “proletarización” de los intelectuales y técnicos en aquellos países, ¿cómo no ser prudentes en esta materia en países, como Uruguay, en que, a veces, grandes fábricas no tienen un solo ingeniero, o en que la aplicación de la ciencia a la producción, en la inmensa mayoría de los casos, es apenas el pálido reflejo de una tecnología, no siempre al día, de los países desarrollados? Pero, al mismo tiempo que no hay que exagerar aquí la relevancia de los cambios sociales de los intelectuales en relación al proceso económico, hay que destacar que, a la inversa, muchos factores políticos e ideológicos de radicalización de los intelectuales y estudiantes *actúan entre nosotros con elementos específicos y son, a veces, mucho más poderosos que en los países imperialistas*. Basta mencionar la conciencia mucho más clara de la dependencia del imperialismo y de la falta de una real libertad económica y política de nuestros países, las frustraciones e impotencias dolorosas, derivadas del propio subdesarrollo económico y del “colonialismo” cultural, que llevan incluso al éxodo de cerebros, que a menudo termina en el choque, mucho más doloroso aún, de los “exiliados” con la sociedad “moderna” a la que se incorporan, que los somete a toda clase de discriminaciones, incluso raciales, que los lleva al desarraigo y desacomodo social y espiritual. A lo que hay que agregar, como justamente señala Arismendi (“Estudios” N° 54, s/d: 79), otros rasgos positivos, derivados de una lucha que tiene entre nosotros tradiciones mucho más viejas y que ha procesado etapas en general mucho más profundas que en Europa o Estados Unidos.

FORJAR LA ALIANZA DEL PROLETARIADO Y LA CULTURA

En fin, para terminar con este grupo de problemas que estamos analizando, quedan por decir dos palabras sobre la actitud del Partido del proletariado ante estos sectores sociales. Es la actitud hacia un aliado —un importante aliado— de la clase obrera en la lucha revolucionaria, lo que implica los dos momentos de la unidad y la lucha ideológica. Pero con el acento puesto en la unidad, en la búsqueda de caminos reales, prácticos, que permitan forjar la unidad de estas grandes capas sociales con el movimiento obrero, y la asimilación real, por esas masas, en el fuego de sus experiencias de lucha, de la justeza de nuestras posiciones marxistas-leninistas, más que en la búsqueda de una especie de victoria académica por la vía del ensarzamiento en una polémica sin límites.

Por supuesto, esto no significa rehuir ni subestimar la polémica. La alianza con grandes capas sociales no proletarias conlleva el aporte, por esas capas, de concepciones no proletarias, e incluso el peligro de que ellas contaminen el movimiento obrero. Pero, si objetivamente esas capas están llamadas a jugar un papel revolucionario y si la historia las precipita en aluvión al torrente revolucionario, lo principal es no adoptar una actitud hosca, desconfiada y a la vez altanera, que Lenin comparaba al “repugnante espectáculo de una solterona anémica y acartonada que se jacta de su estéril pureza moral” (Lenin, 1960: tomo VII: 144), no reaccionar ofendidos frente a la “impertinencia tan irritativa cuan injusta” de que a veces hacen gala los jóvenes, sino lanzarse a “nadar en el mar embravecido hacia la revolución” (“Estudios” N° 54, s/d: 98), conduciendo efectivamente a las masas en el curso del proceso.

Claro está que hay que combatir y no dejar pasar por alto las ya aludidas pretensiones de “paternalismo” estudiantil sobre la clase obrera, o las retrógradas teorizaciones anárquicas contra el papel del Partido, en que incurren los Dutschke y Colin-Bendit³⁷ (aunque hay que saber que ciertos “paternalismos” propiamente dichos, que trueñan desde el Olimpo de muy “justas” posiciones doctrinarias, pueden resultar también “impertinentes e irritativos” para la juventud y, en definitiva, impotentes para guiarla). Hay que partir de posiciones de simpatía, solidaridad y comprensión hacia esas masas que luchan, más allá de los errores doctrinarios en que incurran, ellas mismas o, más frecuentemente, sus dirigentes.

Lenin nos da mil ejemplos de esta actitud correcta, de revolucionarios verdaderos que pretenden dirigir efectivamente el proceso *real* (no abstracto, no “puro”) de la revolución. En particular, sus apasionados llamamientos a apoyar el movimiento estudiantil,³⁸ a que el

37 “Ello demuestra que es necesario abandonar la teoría de la vanguardia dirigente, pura adoptar otra [...] la de la minoría activa que desempeña el papel de fermento permanente, e impulsa la acción sin pretender dirigir. De hecho, aunque nadie quiera admitirlo, el partido bolchevique no dirigió la revolución rusa [sic]. Fue llevado por la masa [sic]” (Sartre s/d: 27). “Para eso hay que evitar la creación inmediata de una organización, definir un programa, que serían inevitablemente paralizantes [sic]. La única ventaja del movimiento es justamente este desorden que permite a las personas hablar libremente, y que puede (¡menos mal!) desembocar en cierta forma de auto-organización [que, dotada del prefijo auto resulta ya casi tolerable]” *ibíd.*, p. 28). “Hasta en esto me parece evidente una nueva característica de nuestro movimiento: no estamos organizados en un partido, somos sólo el núcleo creador de un campo antiautoritario constituido por organizaciones autónomas [sic]” (Dutschke, 1968: 79).

38 Ver, por ejemplo, Lenin (1967: 65; 120; 132-133; 146; 1960: tomo IV, 411-412; tomo VIII, 142-143; tomo IX, 365-366; tomo IX, 355).

Partido reclute con audacia entre la juventud (Lenin, 1967: 125; 129-131; 1960: tomo VIII, 216; tomo IX, 334-336), a la búsqueda paciente de los caminos para acercarse a la juventud, sin que ello implique adularla (Lenin, 1967: 171; 1960: tomo XXIII, 164).

Este es el camino que se ha esforzado por seguir nuestro Partido, obteniendo no pocos importantes éxitos, el camino que con tanta claridad polémica exponía Arismendi al final de su discurso en la Mesa Redonda de la UJC ("Estudios" N° 54, s/d: 98-88), la vía maestra que debemos proseguir, sin mengua alguna de nuestro esfuerzo teórico creador y de la polémica elevada con otras corrientes del movimiento popular.

IV. ALGUNOS PROBLEMAS DE LA ENSEÑANZA Y LA INVESTIGACIÓN EN NUESTRO PAIS

LUCHA REVOLUCIONARIA Y LUCHA POR REFORMAS Y AVANCES CULTURALES

Queremos decir algo sobre un tema más especial, en cierto modo técnico, relativo, más concretamente, a la enseñanza y la investigación, a las medidas de reforma de la enseñanza y para impulsar la investigación científica y la ciencia en general.

Ya en la Mesa Redonda de la UJC, dábamos algunas opiniones primarias (Ibíd: 20-22) que podríamos sintetizar en la frase: "combinar [...] la labor *interna* de cambios y mejoras, aun ambiciosos y hasta casi utópicos, con la acción política revolucionaria que dará en última instancia la base para esos cambios". Por supuesto, la tarea principal tiene que concentrarse en la acción política e ideológica; pero sin una debida atención a los problemas "técnicos" y sin un esfuerzo por aportar soluciones creadoras a los mismos, quedaríamos fatalmente al margen de la vida y, en definitiva, dificultaríamos la necesaria comunicación con la masa de docentes, intelectuales, científicos, lo que en definitiva repercutiría negativamente sobre la labor política.³⁹

Es cierto que el dramatismo de los últimos acontecimientos, la gravedad de la situación actual, las urgencias extremas de la lucha política, pueden hacer pensar, otra vez, como decíamos al comienzo, que ponerse a hablar de reformas técnicas es incurrir en bizantinismos. Pero el mundo no se acabará mañana, por muy amargos que sean los trances que nos toque vivir hoy. Y, en definitiva, también nuestra capacidad creadora en lo técnico, nuestra capacidad para avanzar, incluso en las penosas condiciones que impone la estructura caduca de

39 Salvadas las distancias de época, etc., Lenin plantea magistralmente la necesaria correlación entre ambos aspectos de la lucha (1967: 103-109; 1960; tomo XV, 202-207).

nuestro país y la política aviesa del gobierno, deben constituir aportes que ayuden a ganar todas las simpatías y apoyos hacia nuestro lado, desde las más vastas masas populares hasta los sectores de la intelectualidad y la docencia. No por casualidad, el gobierno hace hincapié en la ineficiencia, real o inventada, de nuestro sistema educativo.

Yo preguntaba: “¿es posible el avance de la ciencia, es posible el avance de la Universidad, son posibles reformas ambiciosas como las proyectadas, antes de que se realicen los cambios sociales profundos que están madurando?” (“Estudios” N° 54, s/d: 21). Laguardia, en cierto modo, respondía con decisión: hay que “mantener viva la llama de la investigación. Se tratará de una investigación reducida, de una investigación a nivel modesto, pero hay que mantener viva esa llama” (“Estudios” N° 54, s/d: 34). Y Latorre contraponía, criticando a ambos, el ejemplo de Bellas Artes, que (en el mejor estilo “dutschkeano”) “a través de ciertas condiciones curriculares crean o intentan crear el hombre nuevo, forman el hombre nuevo”, concepciones que, en definitiva pueden “emparentarse, incluso, más allá de sus deseos, con las concepciones *desarrollistas*, en un *ultrismo* (que) no es más que un *ultrismo* cultural” (“Estudios” N° 54, s/d: 47-48), con el de Química, en que se observa “la ausencia de un intento por desarrollar zonas de investigación básicas que puedan, aun en las actuales condiciones de la Facultad [...] ser estudiadas e investigadas con escasos recursos” (“Estudios” N° 54, s/d: 51).

En planos análogos se movían Arismendi y Bentancourt Díaz. Preguntaba el primero: “¿es que el proletariado y su partido co-tienen en sus alforjas respuestas para el problema de la cultura, de la educación y de la enseñanza, hasta tanto no se produzca la revolución?”; y comentaba que:

si la respuesta es absoluta, podemos hacer una afirmación justa, pero podemos también resbalar a un simplismo infantilista al considerar la Universidad [...] como un campo para reclutar fuerzas revolucionarias [...] sin advertir que se requiere la *integración* de la intelectualidad y el estudiantado en el cañamazo dinámico de las fuerzas motrices de la revolución. (“Estudios” N° 54, s/d: 82)

Y, más adelante, afirmaba:

El marxista-leninista no debe pretender lo imposible, en este caso, una Universidad marxista-leninista en el capitalismo; *debe si preocuparse por elevar su contribución teórica y metodológica al enfoque de todos sus problemas, por influir ideológicamente al conjunto de la población universitaria, por situar los problemas de la Universidad como problemas de la revolución, pero sin omitir la consideración concreta de la masa de interrogantes que la*

Universidad se plantea hoy, sean ellos pedagógicos, científicos, ideológicos, de pervivencia de la Institución y de niveles de enseñanza. ("Estudios" N° 54, s/d: 94)

Y Bentancourt terminaba su disertación diciendo:

es indudable que necesitamos perfilar un nuevo modelo de Universidad, tratar de descubrir cuál es la Universidad que nuestro país, América Latina en general, necesitan... La Universidad, en segundo término, no puede ser una fábrica de tecnócratas, no puede ser exclusivamente técnica [...] La Universidad debe ser un centro donde se desarrolle y madure esa conciencia política [...] creo que la nueva Universidad debe plantear en forma aguda esta lucha que se mantendrá con el imperialismo dentro del campo de la filosofía. A mi entender, esa lucha es la lucha que debemos afrontar entre las concepciones del materialismo dialéctico y las concepciones del pragmatismo, cualquiera sea la forma en que el pragmatismo se presente. ("Estudios" N° 54, s/d: 62-63)

¿FORMACIÓN O INFORMACIÓN?

Bien. Creo que en estos planos de relativa generalidad estaremos todos de acuerdo. Pero no alcanza. Es indudable que el avance científico y técnico impone la realización de profundas transformaciones en una universidad como la nuestra, que arrastra décadas de atraso; un atraso que, en ciertos sentidos, aumenta frente a aquel vertiginoso avance. Por eso, es lógico que el tema de las reformas de la estructura universitaria y de los planes de estudio sea asunto de discusión permanente en todas las facultades. Y bien, ¿cuál es o debe ser la posición de los comunistas frente a estos problemas concretos? ¿Qué reformas y cambios debemos propiciar y cuáles rechazar? En otras palabras, ¿cuál es o debe ser, *concretamente*, nuestra política para la cultura y para la enseñanza? Creo que estamos todavía lejos de poder dar una respuesta clara a estos interrogantes, ni siquiera definir acabadamente una posición de Partido frente a opiniones sobre estos temas dadas por comunistas uruguayos o de otros países latinoamericanos.⁴⁰ Y, sin embargo, dar esta respuesta es una parte insoslayable de nuestra labor. Ni sueño con pretender resolver aquí estos problemas, ni siquiera limitados a lo específicamente universitario. Me permitiré solo expresar algunas preocupaciones y observaciones

⁴⁰ Estoy pensando, concretamente, en las ideas expuestas por E. Giudici en diversos trabajos (1959). Es fácil comprobar cómo los ecos de estas ideas repercuten, todavía hoy, en muchos lados de América Latina. Y, sin embargo, algunas de estas ideas, en mi opinión personal, son equivocadas, como explicaré mis adelante. Sin perjuicio, por supuesto, de la coincidencia plena en muchos conceptos fundamentales.

que, pienso, deben ser tenidas en cuenta para la elaboración de una respuesta acabada.

En la discusión de estos temas, muchas veces salta al primer plano la oposición entre formación e información o, si se quiere, entre educación y enseñanza. La preocupación por el aspecto educativo, formativo, es, naturalmente, justa y plenamente compartida por nosotros. Ella se expresa, en el plano más específicamente pedagógico, entre otras, en las tendencias a que la enseñanza sea más activa, a que se promueva la libertad del estudiante para elegir, en cierta medida, las materias que cursa. Esto también es justo. Creo, sin embargo, que esas preocupaciones y tendencias degeneran, a veces, en ciertos deslices “románticos”, por así decirlo, que llevan a subestimar los aspectos informativos, de enseñanza en el sentido estrecho de la palabra, a soslayar la necesidad del duro y áspero aprendizaje del saber acumulado por la humanidad, que crece a ritmo de vértigo. Lenin, hablando de estos temas, decía:

Se dice que la vieja escuela era una escuela, libresca, una escuela de adiestramiento autoritario, una escuela de enseñanza memorista. Esto es cierto, pero hay que saber distinguir lo que tenía de malo y de útil para nosotros la vieja escuela, hay que saber elegir de ella lo indispensable para el comunismo [...] Pero si intentarais deducir de eso que se puede ser comunista sin haber asimilado el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad, cometeríais un craso error. (Cultura, s/d; 119; Marx & Engels, 1952: 503)

Y más adelante, agregaba:

no queremos una enseñanza memorista, pero *necesitamos desarrollar y perfeccionar la memoria* de cada estudiante dándole hechos esenciales, porque el comunismo sería una vaciedad, quedaría reducido a una fachada vacía, y el comunista no sería más que un fanfarrón si no *reelaborase en su conciencia* todos los conocimientos adquiridos. (Cultura, s/d; 112; Marx & Engels, 1952: 505)

De la misma manera, a pesar de condenar la vieja escuela [...] debemos comprender que la vieja escuela libresca, la vieja enseñanza memorista y el viejo adiestramiento autoritario deben ser sustituidos por *el arte de asimilar toda la suma de conocimientos humanos*, y asimilarlos de tal modo que vuestro comunismo *no sea algo aprendido de memoria*, sino algo *pensado por vosotros mismos*. (Cultura, s/d; 123; Marx & Engels, 1952: 506)

Es decir, Lenin rechaza la falsa oposición entre formación e información, y reclama una sólida formación *sobre la base* imprescindible de

una información lo más completa posible, lo que obviamente requiere el uso y adiestramiento de la *memoria*.

Ahora bien, sí el problema era ya difícil de resolver en tiempos de Lenin, hoy constituye una verdadera tragedia universal la del registro, conocimiento y uso adecuado de las masas gigantescas de información que va acumulando la humanidad a ritmos velozmente crecientes. Si esto es así para el hombre de ciencia, aun para el especialista en un estrecho campo, el problema se hace dramático para el educador que debe transmitir esa masa de información a sus alumnos en plazos académicos que no pueden extenderse más allá de límites muy rígidos, y que incluso sería deseable reducir, para no privar a la sociedad del aporte renovador de hombres capacitados, pero obligatoriamente jóvenes en el momento de su egreso de la etapa educativa.

CIENCIA “PURA” Y “APLICADA”

Es preciso seleccionar lo que se va a enseñar. Pero, ¿qué y cómo? ¿Qué conservar de la ciencia y la enseñanza “clásicas” y qué descartar para hacer lugar a los conocimientos nuevos y hasta novísimos? Aquí, puede caerse tanto en el extremo de un conservadurismo perezoso, como en una inestabilidad novelera que, con la buena intención de transmitir la última palabra de la ciencia, priva al estudiante de aspectos esenciales del desarrollo científico previo, sin los cuales la “última palabra” puede quedar, para él, “en el aire”, sin los soportes suficientes de presupuestos previos (que, sin embargo, existen para el científico ya formado y, en particular, para el investigador que ha descubierto la “última palabra”). ¿Poner el acento en lo general-abstracto, en los principios, o en lo más concreto y específico? O, dicho de otro modo, ¿poner el acento en la formación “básica” y “general” o quemar etapas hacia una especialización o superespecialización temprana? ¿Dar prelación a la ciencia “pura” sobre las técnicas de aplicación, o al revés? Aquí también hay que encontrar un justo término y armonización entre tendencias extremas que son funestas.

Las opciones son, ciertamente, muy difíciles.

Pero pienso, por ejemplo, que en la base de la arremetida de Giudici contra el llamado “departamentalismo” hay una ubicación incorrecta en relación a los interrogantes anteriores. Giudici tiene razón cuando critica a los “cientificistas” extremos, pero, a mi juicio, resbala hacia el extremo opuesto. Sintetizando una polémica con el Ing. J. Babini, dice:

en un caso, lo “básico” son las ciencias naturales, la física o las matemáticas, hasta la biología; en el otro, lo básico es la historia, el hombre social,

el hombre que conoce a través de la práctica [...] Allí solo la ciencia general y pura; aquí, lo particular y concreto que contiene lo general [...] lo general descubierto en el proceso concreto del conocimiento [...] la teoría contenida en la práctica y en la dirección y desarrollo de esta. (loc. cit.: 49)

La segunda posición (la de Giudici) puede ser una expresión más o menos impecable de la concepción marxista del proceso histórico del conocimiento; pero, a mi modo de ver, *no tiene por qué ser, tomado al pie de la letra, el curso siempre preferible en la enseñanza*; esta no tiene por qué ser un calco, aún abreviado, del proceso histórico, e incluso podría ser perjudicial que pretendiera serlo.

Todo el trabajo de Giudici aparece permeado por un cierto paralelismo entre diversas contraposiciones:

- Teoría-práctica;
- General-concreto;
- Ciencias naturales-hombre social;
- Prioridad a la formación científica;
- Prioridad a la formación profesional;
- Estructura universitaria en base a departamentos centrales;
- Estructura en base a facultades.

Y Giudici se inclina, consecuentemente, siempre hacia el segundo polo de las dicotomías, lo que lo lleva, en particular y mal que le pese (“siempre hemos reconocido la necesidad de una unidad científica básica, abandonada cada vez más por el profesionalismo practicante”), (*loc. cit.:* 63) a poner el acento en la faceta profesional de la universidad y en la integración, *a nivel de las facultades profesionales*, de los conocimientos que imparte.⁴¹

41 Esto se manifiesta incluso en ciertas nostálgicas referencias autobiográficas —lo digo con todo respeto—: “Mi propia experiencia, al haber estudiado y practicado todas las especialidades en vista a una noción integral del hombre enfermo, me dice que no debe volverse atrás en lo que era exigencia de otros tiempos. Eran los tiempos [...] de los grandes clínicos y cirujanos para los cuales la medicina se basaba en la biología completa del individuo [...] Eran los tiempos en que los médicos sabían auscultar y percutir [...] Hoy, en que eso se ha ido perdiendo, el sentido clínico en la observación es reemplazado por los datos parciales del laboratorio”. Sin dejar de reconocer el tono particularmente dramático que adquiere la dialéctica de lo general y lo particular en el caso de la medicina, frente a la integralidad del individuo enfermo, sin dejar de compartir la prevención contra la sustitución de la clínica por una suma de especialidades descoyuntadas, me pregunto: ¿acaso es posible volver, en el actual estado de la ciencia, a la situación existente en aquellos buenos viejos tiempos? Y si

Pero el tal paralelismo no es tan perfecto como pudiera parecer a primera vista; la dialéctica real es mucho más compleja. Incluso puede darse, como ya hemos notado, que las dicotomías operen en un cierto sentido en el proceso de la formación del conocimiento y *en sentido contrario* en la enseñanza de ese mismo conocimiento. Hay que encarar, pues, desde mi punto de vista, todo el problema de una manera más fresca y flexible. Y tener bien presente que el alud inabarcable de los conocimientos científicos determina que el problema no pueda resolverse hoy de la misma manera que, mal o bien, se resolvía hace algunos años. En la presencia de ese alud, *la integración de lo concreto, en la enseñanza, no puede ya efectuarse en el examen directo, en cierto modo ingenuo, de lo concreto mismo, si no es apoyándose fuertemente en una visión generalizadora de ese concreto, a la vez analítica y dialéctico-sintética, solo posible partiendo de conocimientos relativamente sólidos en las disciplinas científicas básicas "abstractas"*.⁴²

LA IMPORTANCIA DE LAS CIENCIAS BÁSICAS

No es, pues, por una inclinación malsana a un cientificismo abstracto, sino, en última instancia, persiguiendo el mismo fin de recuperación de lo concreto, que muchos pensamos que, en la Universidad moderna, debe colocarse un importante énfasis en la enseñanza de las ciencias básicas. Y esto no solo a los fines de la ciencia misma sino también de la formación y práctica profesionales. No creemos posible superar la estrechez de la especialización (especialización que, por otra parte, es en mayor o menor grado inevitable en la actualidad) ni integrar lo especial y parcial en la totalidad concreta si no es en base a una visión científica amplia y bien fundamentada. De otro modo, el especialista se convierte en un ser incommunicable, incapaz incluso de aportar su saber especial para una comprensión profunda de la totalidad concreta, y/o en un ciego aplicador de recetas pragmáticas, cuyo sentido y significación reales él mismo no comprende.⁴³

no lo es, como presumo, ¿ese reclamo nostálgico no se convierte, objetivamente, en una utopía regresiva? ¿No es claro que hay que buscar por otro lado una superación verdaderamente dialéctica del problema, que es real, nadie lo niega?

42 Viene naturalmente a la mente la analogía con el gran arco del conocimiento humano (dialéctica ingenua de los antiguos —metafísica analítica de la ciencia postrenacentista— retorno a una dialéctica superior, basada en los conocimientos analíticos) que Engels describe en grandes y brillantes trazos en el primer capítulo del *Anti-Dühring* (1960: 30-33).

43 Nos parecen plenamente compartibles, en este sentido, las opiniones que da P. Bourtoyre en la continuación del artículo ya citado (1970: 151). Hablando de las tendencias que se manifiestan en el capitalismo a retacear la enseñanza y la investigación de las ciencias básicas, afirma: "Es una política *miopé*: la movilidad de los

En segundo lugar, aboga a favor de dar un peso importante a las ciencias básicas en el proceso educativo el hecho bien conocido de que la actual RCT quema las etapas en cuanto a la inmediatez de la aplicación de las ciencias más generales y abstractas. La matemática y aun la lógica matemática forman parte del instrumental básico para las aplicaciones de la cibernética a la automatización de la producción o a la solución de problemas lingüísticos; recientemente P. Carlevaro recordaba la “invasión” que sufre la propia medicina por la matemática, la física, etc. y, ni que hablar, la biología, considerada como ciencia “pura” (Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1969: 78-79). Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente.

En tercer lugar, y el argumento tiene, por razones obvias, mayor peso en nuestros países “subdesarrollados” que en los desarrollados, las circunstancias de la vida personal pero también la propia dinámica impetuosa de la RCT pueden obligar, muchas veces, a cambiar la especialización más o menos estrecha elegida inicialmente en el período de estudios o aun ejercida durante un lapso de la vida profesional, por otra, más o menos alejada de aquélla. Es obvio que esos cambios se hacen más dificultosos si las bases científicas están demasiado estrechamente ligadas a la especialización y subordinadas a ella, y se facilitan si esas bases tienen un sólido fundamento general.

En cuarto lugar, la prevención contra el incremento de la enseñanza de las ciencias básicas podría tener algún asidero si ellas estuvieran ya suficientemente desarrolladas en nuestro medio. Pero es notorio que ocurre justamente lo contrario. Nuestra universidad ha sido, durante la mayor parte de su trayectoria, cerradamente profesionalista; más aún, hasta hace poco era una suma incoherente de Facultades que, de hecho y de derecho (así lo determinan las leyes de 1885 y 1908), eran verdaderos feudos profesionalistas. En esas

dominios en que se efectúan las *rupturas* científicas es tal, actualmente, que los ingenieros, los técnicos, los cuadros, no pueden *durar* a menos que su formación sea, de entrada, no excesivamente especializada, sino, al contrario, esté fundada sobre una cultura científica general que les permita situarse en el seno de una disciplina dada y reconvertirse de una especialidad a otra en el marco mismo de esta disciplina. Ahora bien, semejante formación no puede adquirirse más que en el contacto con docentes que sean también investigadores; y desde el momento mismo en que se debilitara considerablemente el esfuerzo en la dirección de la investigación básica, la enseñanza superior cesaría de ser lo que es, es decir, una enseñanza en ligazón directa con la práctica y con los resultados de las investigaciones en curso. Aunque el desarrollo, en el seno mismo de las Universidades, de las investigaciones y enseñanzas de tipo aplicado y tecnológico sean necesarias, no por ello deja de ser indispensable que la parte dedicada a la investigación fundamental en la Universidad se mantenga como el eje esencial”.

condiciones, el escaso desarrollo de las ciencias básicas se hace en una supeditación estrecha y deformante a las presuntas necesidades de la formación profesional, lo que acarrea, entre otras cosas, desniveles asombrosos en la misma ciencia dictada en diferentes facultades. Recién después de la primera guerra mundial comienza tímidamente a desarrollarse la investigación científica en algunas Facultades; recién después de la segunda guerra mundial se crea la Facultad de Humanidades y Ciencias que, por errores graves de su concepción (paradójicamente, de signo opuesto, hasta los límites del absurdo, al profesionalismo imperante) y otras circunstancias, aún hoy está muy lejos de contribuir efectivamente a satisfacer las necesidades científicas de la universidad; recién en la Ley Orgánica de 1958 aparece consagrado en un texto legal una concepción moderna de la Universidad, en particular, de su aspecto científico. En estas circunstancias históricas concretas, es obvio que cualquier esfuerzo que se haga en favor del desarrollo de las ciencias básicas quedará incluso muy por debajo de las necesidades reales.⁴⁴

LA “FORMACIÓN DEL HOMBRE NUEVO” SOLO PUEDE HACERSE EN EL CRISOL DE LAS LUCHAS SOCIALES

Antes de pasar a la consideración de las consecuencias que lo anterior implica para la estructura universitaria en su conjunto, quiero hacer todavía algunas reflexiones sobre la contraposición formación-información. No solo en el caso de la Escuela de Bellas Artes, al que ya hemos aludido más arriba, sino también en varias facultades, algunos plantean que hay que dar prioridad absoluta en los planes de estudio, aun en detrimento de los cursos de información científica, a la llamada “formación del hombre nuevo”, entendiéndose por tal el hombre de la futura sociedad emancipada de la explotación y el imperialismo. A esos efectos, se propicia entre otras cosas, la proliferación de cursos de sociología, psicología, etc. aun en las Facultades más “técnicas”. Por supuesto, está muy lejos de mí la idea de que es negativa la introducción de materias que tienen que ver con las ciencias humanas (particularmente, historia, economía, sociología y, en mucho menor grado, psicología y otras), al contrario; por lo que yo sé, los cursos *optativos*

44 Para más detalles acerca de nuestra universidad ver, por ejemplo, O. J. Maggiolo (1957: 3-7). La situación es, salvo detalles, prácticamente idéntica en toda América Latina; en algunos países, muchísimo peor. El propio Giudici lo reconoce para el caso argentino: “la vieja universidad doctoral, vacía y escolástica, hizo crisis ya en 1918: vino la universidad profesional, que también hizo crisis después. Fue el salto de la teología a un positivismo estrecho que convirtió a la Universidad como un todo en facultades separadas las unas de las otras, en las cuales fue imperando un criterio limitadamente pragmático” (1959: 47).

de historia de la Facultad de Ingeniería y Agrimensura, por ejemplo, han sido todo un éxito. Pero es el *planteo* mismo de la cuestión, tal como la promueven, en particular, algunos grupitos “ultraizquierdistas”, el que es profundamente falso: es un planteo idealista, en el sentido filosóficamente peyorativo del término, psicológico-antropológico, anti-marxista. Primero, porque solo el más delirante utopismo puede soñar que una universidad inserta, a pesar de todo, dentro del actual régimen, pueda formar “hombres comunistas” (supongo que la palabra disgusta a algunos, pero no encuentro otra mejor, salvo la vaga de “nuevos”, que es una manera de escurrir el bulto a una definición de lo que se quiere). Segundo, porque aunque intentara hacerlo por medio de esos “cursos”, salvo honrosas excepciones, estos estarían dominados ideológicamente por las concepciones predominantes en el actual régimen y servirían de muy poco para conducir a lo “nuevo”. Tercero, y es lo principal, porque la esencia del hombre es “en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales” (Marx & Engels, 1952: 377), y la “formación del hombre nuevo”, por lo menos en escala de masas, solo se podrá hacer (¡y aun así, con qué dificultades!) cuando el régimen y sus relaciones sociales sean socialistas y comunistas. En todo caso, y siempre siguiendo la tesis de Marx y las enseñanzas de Lenin, esa formación solo puede iniciarse dentro del actual régimen, en la medida de la participación activa del individuo en las luchas sociales de enfrentamiento al régimen, y no tanto por medio de cursos especialmente inventados para eso.

Eso nos lleva a otras cuestiones conexas. Es inevitable, a mi juicio, cierta contradicción entre los desiderata pedagógicos y científicos y los político-ideológicos. Tomemos, por ejemplo, el problema del “*full-time*”. No es la primera vez que expongo mis reservas al respecto; ya lo hice, por ejemplo, hace varios años, en una encuesta de la Facultad de Ingeniería y Agrimensura. Es indudable que una alta dedicación a su labor específica es deseable, tanto para el docente y el científico como para el estudiante; pero también es claro que una dedicación tal que prive del tiempo necesario para “tener horas libres... leer diarios... enterarse de lo que pasa alrededor”, para usar palabras de Laguardia (“Estudios” N° 54, s/d: 33), es completamente negativa. En otras palabras, la reforma universitaria tiene que asegurar las mejores condiciones para desarrollar el ser-político, no simplemente el ser-técnico. “No creeríamos en la enseñanza, la educación y la instrucción si estas fuesen encerradas en la escuela y separadas de la agitada vida”, decía Lenin (Cultura, s/d: 132; Marx & Engels, 1952: 511-512).

Hace poco, me impresionaban dolorosamente las respuestas de dos destacados ingenieros a preguntas de *Marcha* sobre el “empréstito forzoso” de la UTE; la verdad es que esas respuestas, quizás

técnicamente impecables, llevaban agua al molino de Pereira Revelbel; y ambos técnicos quedaban tranquilos con su conciencia excusándose de opinar sobre los aspectos político-sociales, porque “no eran de su incumbencia”. No pretendo juzgarlos: digo, simplemente, que ése no es el tipo de hombres que debe tratar de formar nuestra Universidad. Pero, ¿estamos seguros de que el actual reglamento de “*full-time*”, planes de estudio tales como el de Arquitectura o el que hace poco empezó a aplicarse en Ingeniería, o aun los planes de los “liceos pilotos”, cuyos otros méritos están fuera de discusión, no absorben demasiado al docente, al científico, al estudiante, no los amputan, en determinado grado, de experiencias vitales y políticas? (con la contrapartida, que también se da, de que las experiencias se adquieren, pero los benditos planes no se cumplen). No me animaría a dar una respuesta categórica, y de ninguna manera pretendo volver a los buenos viejos tiempos de los profesores que “visitaban” la universidad dos o tres horas por semana. Creo que hay que precisar una justa solución, lo que quizás no sea fácil.

EL PROBLEMA DE LA “DEPARTAMENTALIZACIÓN” DE LA UNIVERSIDAD

Por último, está el problema de la estructura de la universidad. Creo que es indiscutible que el avance científico y técnico impone reformas en esa estructura que, en muchos aspectos, tiene décadas de atraso con respecto a aquél. Por supuesto, no se trata de aplicar a ojos cerrados todo lo que nos sugieren o imponen los tecnócratas imperialistas; pero tampoco creo que todo lo que, en esta materia, venga de los países desarrollados deba ser rechazado *in limine*, como cosas incurablemente apestadas. Pienso, por ejemplo, en el problema de la llamada “departamentalización”, tan airadamente repelida por E. Giudici en lo que constituye el centro polémico de su libro. Declaro paladinamente que sus argumentos no me convencen. ¿Por qué la organización de las ciencias básicas en “departamentos” ha de ir inevitablemente unida al tecnocratismo y al desarrollismo, o ha de destruir las Facultades, o ha de despedazar la lucha estudiantil o anular el cogobierno?

La reacción adversa de Giudici está seguramente justificada contra los que él mismo llama “departamentalistas extremos”, los que suprimen las facultades para crear una universidad de base científica *pura* (*loc. cit.*: 50); pero la verdad es que sus ataques se extienden mucho más allá de esos límites,⁴⁵ en que de hecho, se convierte en una resistencia a realizar cambios profundos en la actual y anquilosada estructura universitaria. Y llega a lo evidentemente injusto y fácticamente

45 El mismo, en cierto modo, lo reconoce cuando llama a que “extrememos, tal vez con alguna deliberada exageración, las precauciones” (*loc. cit.*, p. 64).

falso, como se podría demostrar fácilmente, cuando afirma: “no en vano la idea parte, casi siempre, de las facultades de ciencias exactas. Es expresión de una deformación profesional y científica (*loc. cit.*: 51) o, peor aún, cuando atribuye ciertas ideas que propugnan reformas estructurales exclusivamente a los aviesos designios del imperialismo yanqui.⁴⁶ No solo es extremadamente simplista suponer que solo las universidades de los EE.UU. tienen estructura más o menos análoga a ésta (más bien lo que ocurre es lo contrario: difícilmente se encuentre algún país desarrollado, cualquiera sea su régimen social, en que existan universidades que se parezcan ni siquiera vagamente al “feudalismo de las facultades” que sigue imperando en las universidades latinoamericanas), sino que, de hecho, muchos *antimperialistas consecuentes* son los que propugnan esas estructuras, considerándolas inclusive, a mi modo de ver con razón, como instrumentos útiles para la lucha contra la colonización cultural. Al revés de lo que dice Giudici, en muchos casos lo que propician los yanquis y sus agentes (García Capurro, Jorge Batlle, etc.) son universidades dedicadas a producir *técnicos* de muy limitado horizonte científico y cultural, simples aplicadores de los conocimientos *tecnológicos yanquis*.

Pero, además, lo que más irrita a Giudici, la oposición “o facultades o departamentos”,⁴⁷ es una *falsa oposición*, que quizás sostienen los “departamentalistas extremos” pero de ninguna manera la mayoría de los partidarios de reformas estructurales.⁴⁸ El Plan Maggiolo, por ejemplo, prevé la estructuración de la Universidad en Facultades, Institutos Centrales y otros organismos, con adecuadas interrelaciones administrativas, programáticas, etc.⁴⁹ No se sostienen “absurdos”

46 “Como los norteamericanos quieren trasplantar, junto con los dólares, su inculco, empírico, grosero y vacío modo de vida, resulta que tratan de imponer en los países latinoamericanos sus departamentos básicos como fundamento de las Universidades, a las que también quieren convertir en privadas. En nuestros países, más que en el suyo propio, les interesa esa preparación básica, dando por sentado que la especialización la realizarán luego los egresados en sus mismos establecimientos industriales y comerciales” (*loc. cit.* p. 63).

47 “De una universidad constituida por facultades se pasaba a una universidad constituida por materias, es decir, por departamentos” (*loc. cit.*, p. 48).

48 En nuestro medio, además del Plan Maggiolo puede verse también D. Ribeiro (1968). Si bien podemos discrepar con muchas ideas parciales de estos diversos autores, su concepción de la estructura de la universidad en departamentos (institutos centrales, en el léxico utilizado por Maggiolo) y facultades nos parece equilibrada y fundamentalmente justa.

49 *Loc. cit.*, pp. 9 y 20-21. “Para la enseñanza de las disciplinas que les corresponda en las distintas Facultades [los Institutos Centrales] se atenderán a lo que éstas establezcan a través de sus planes de estudio, decisiones de Consejo y asesoramiento de las respectivas Asambleas del Claustro”. “Los docentes y estudiantes de los Institutos

como los que Giudici denuncia: “es un absurdo sostener que la física que estudia el alumno de ciencias exactas sea la misma que la que debe enseñarse en la facultad de medicina” (*loc. cit.*: 48); no se propone que todas las materias sean organizadas en departamentos centrales⁵⁰. Pero sí se pone en tela de juicio afirmaciones como la que hace Giudici a continuación de aquélla: “la física en la facultad de medicina es, necesariamente, *física biológica* [...] y debe estar unida a la fisiología en lugar de diluirse en la generalidad de la naturaleza” (*loc. cit.*: 48). No solo tales cosas son discutibles, sino que suelen ser la base de algunos de los defectos que arrastran nuestras universidades; por ejemplo, que la tal “física biológica” sea dictada, no por un físico, sino por un médico que, por buena voluntad que ponga en ello y salvo honrosas excepciones, por lo general *no sabe física* ni, mucho menos, está al tanto de los progresos de la física (salvo que se *dedique* a la física y, entonces, probablemente, será un mal médico o estará incapacitado para dictar “bien” la “física biológica”), de lo que no sacan ninguna ventaja ni la física, ni la medicina, ni, menos que menos, los estudiantes de medicina.

Por supuesto, tampoco en este caso pretendo agotar el tema ni pronunciar la última palabra. Se trata de cosas muy complejas sobre las cuales es preciso trabajar y meditar mucho para estar en condiciones de aportar, como comunistas, puntos de vista independientes, no meramente críticos, sino que avancen hacia soluciones positivas. Y convertir los planes de reforma de las estructuras universitarias que, en última instancia, responden a las necesidades de la producción y la cultura nacionales, en una importante bandera de lucha cultural y política. Esos planes y esa lucha, bien conducidas, llevarán a colocar en uno de los mejores terrenos el enfrentamiento con el imperialismo y con el gobierno, ayudarán a destruir la “leyenda negra” urdida contra la universidad, a torpedear los recurrentes proyectos de creación de universidades privadas y a agudizar el reclamo financiero frente al Estado, haciendo recaer sobre el gobierno

Centrales actuarán en los órganos de gobierno (Consejos) y de asesoramiento (Asambleas) correspondientes a la Facultad de la que provengan”. Ver también D Ribeiro (1968: 207-208).

50 Giudici cita, dándole la razón, a un profesor Podio, que habría exclamado: “la verdad, no veo cómo se aplicará el departamento en las patologías” (1959: 104). No conozco al profesor Podio y no quiero, por ello, inferirle el agravio gratuito de suponerlo un “señor feudal” de su cátedra, que defiende sus derechos exclusivos a ella; pero la verdad es que, sin que ninguna persona razonable pueda, pensar que las patologías se dicten en ningún otro lugar que en la Facultad de Medicina, tampoco hay nada de malo en que su enseñanza se vea penetrada por conceptos de ciencias básicas (¡incluso exactas!), que aporten tanto docentes como estudiantes que tengan o hayan tenido contactos con los Institutos Centrales dedicados a su estudio e investigación.

la responsabilidad del atraso y las dificultades existentes en materia de enseñanza superior y de investigación científica.

LOS PROBLEMAS IDEOLÓGICOS DE LA UNIVERSIDAD

En su intervención en la Mesa Redonda de la UJC, Arismendi promovía cuatro grandes grupos de problemas a estudiar:

1. “Cuál es la naturaleza de la universidad y su función social, su relación con la sociedad capitalista, y su posibilidad ante la revolución antilatifundista y antimonopolista”;
- 2.Cuál es el “papel actual o potencial de los universitarios en la revolución”, encarado del punto de vista estratégico, hasta la etapa socialista;
3. “Cómo desenvolver una gran política universitaria y, a la vez, una gran política de unidad de los universitarios con la clase obrera, con el campesinado”, en el plano táctico;
4. Los “grandes problemas ideológicos” insertos en la problemática universitaria (“Estudios” N° 54, s/d: 85).

A algunos de estos problemas me he referido ya en lo que queda dicho; otros serán tratados en informes que van a continuación. Todos deberán merecer un estudio profundizado en este Seminario y más allá de su clausura.

Quisiera, para terminar, decir dos palabras solamente sobre el cuarto grupo de temas, que está obviamente vinculado a los otros tres, particularmente al primero. De estos problemas ideológicos se ocuparon prácticamente todos los que participaron en la Mesa Redonda, y particularmente Latorre y Flo.

Creo que lo primero debería ser detectar cuáles son las principales corrientes ideológicas que operan en la universidad, tanto en su actividad docente y de investigación como en la actividad social de los órdenes que la integran. Dicho sea de paso, no son las mismas en uno y otro de estos aspectos, y no es infrecuente que una misma persona, actuando como docente, se inspire en una determinada ideología y, actuando en las luchas sociales, en otra. Tampoco son las mismas las tendencias ideológicas predominantes en unas u otras facultades: el neopositivismo es probablemente predominante en la rama de ciencias de la Facultad de Humanidades y Ciencias, el desarrollismo en la Facultad de Ciencias Económicas, y así sucesivamente.

Es necesario detectar, precisar y jerarquizar este complejo panorama para estar en mejores condiciones de librar la batalla en el terreno de las ideas, y emprender esta con decisión, huyendo de todo mecanicismo que, en definitiva, puede conducir a una posición paralizante, negativa y pesimista. Es lo que reprocharía a la intervención de Flo en la Mesa Redonda (Estudios" N° 54, s/d: 76-78). Me parece que exagera un lado de la cuestión, el de la universidad depositaria y trasmisora de la ideología de las clases dominantes, con un sentido casi fatalista, excesivamente estático. Sin duda, cualquier ilusión acerca de que la universidad pueda evadirse de la predominancia de la ideología del régimen en que está inserta y ser inmune a la tremenda ofensiva ideológica del imperialismo, que denunciaba, particularmente, Bentancourt, sería no solo falsa, sino peligrosa. Pero también me parece que no contribuye a esclarecer la magnitud de nuestras tareas en este terreno el subestimar factores objetivos y subjetivos que, particularmente en épocas de aguda crisis como la actual, permiten abrir brechas en esa ideología dominante y, concretamente, aumentar considerablemente la influencia del materialismo dialéctico e histórico, del marxismo-leninismo.

Este objetivo exige elevar considerablemente nuestra labor teórica, cuantitativa y cualitativamente. Lo decía Arismendi cuando hablaba de "una jerarquización y calificación de los marxistas-leninistas del punto de vista teórico, y del estudiantado" (Estudios" N° 54, s/d: 96). En los últimos tiempos, ha habido algunos importantes avances en este sentido, que muestran las inmensas posibilidades que se abren. Pero nuestro esfuerzo teórico sigue siendo todavía absurdamente desproporcionado e inarticulado frente a esas posibilidades; y a mi juicio, el otro aspecto de la cuestión, el que la universidad inserte el marxismo-leninismo en su docencia e investigación, por lo menos con un mínimo razonable de extensión y seriedad, como el propio Arismendi reclamaba, solo puede venir, en lo fundamental, de ese esfuerzo teórico nuestro, no nos caerá nunca como regalo del cielo.

Es un gran desafío a nuestra capacidad y laboriosidad el que la vida nos plantea, que se superpone, no como un aditamento extraño, sino estrechamente enlazado a nuestros más tradicionales campos de la lucha política, que hoy alcanza niveles tan elevados y que es y seguirá siendo el núcleo principal de nuestra actividad.

Estoy seguro de que sabremos enfrentar con éxito ese desafío y que este Seminario será un paso importante en ese sentido, paso que, sin embargo, tendrá que ser seguido por otros, por esfuerzos y medidas apropiadas a las ambiciosas metas que debemos darnos.

BIBLIOGRAFÍA

- Arismendi, R. 1964 “Algunos aspectos actuales del proceso revolucionario en América Latina” en *Estudios* (Uruguay: PC Uruguay) N° 31.
- Besse, G. s/d “Science et révolution” en *Economie et Politique* (Francia) N° 188.
- Boccaro, P. “La crise du CME et les luttes des travailleurs” en *Economie et Politique* (Francia) N° 186-187.
- Boccaro, P. 1968 “La théorie de la portée révolutionnaire du progrès technique et la lutte pour la démocratie nouvelle” en *Economie et Politique* (Francia) N° 170.
- Bourtaire, P. 1970 “Capitalismo, socialismo et révolution scientifique et technique” en *Economie et Politique* (Francia) N° 188.
- Bréguel, E. 1969 “Teoría de la convergencia de los dos sistemas económicos” en *Ciencias Sociales Contemporáneas* (Moscú).
- Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República 1969 *La estructura de la Universidad a la hora del cambio* (Montevideo).
- Dubinin, N. P. 1970 *La genética contemporánea a la luz de la filosofía marxista-leninista* (Montevideo: E.P.U.).
- Dutschke, R. 1968 “Más allá del movimiento estudiantil” en *Cuadernos de Marcha* (Uruguay) N° 15, julio.
- Engels, F. 1960 *Anti-Dühring* (Montevideo: Pueblos Unidos).
- Giudici, G. 1959 *Problemas ideológicos, científicos-técnicos y filosóficos de la Universidad* (Buenos Aires: Fundamentos).
- Launay, J. s/d “Reflexiona sur le concept de production” en *Economie et Politique* (Francia) N° 170.
- Launay, J. 1969 “Elements pour une économie politique de l'éducation” en *Economie et Politique* (Francia) N° 184.
- Laurent, S. s/d “A propos des classes sociales” en *Economie et Politique* (Francia) N° 186-187.
- Laurent, S. 1969 “Les transformations en cours dans les classes et couches sociales” en *Economie et Politique* (Francia) N° 185.
- Lebedinsky, M. 1969 *Problemas de nuestro Tiempo* (Buenos Aires: Quipo).
- Lenin, V. I. 1960 *Obras Completas* (Buenos Aires: Cartago).
- Lenin, V. I. 1967 *Acerca de la Juventud* (Moscú: Progreso).
- Leroy, R. 1968 “Les ingénieurs, cadres et techniciens avec la classe ouvrière” en *Economie et Politique* (Francia) N° 175.

- Lojkine, J. 1970 “Sur ‘l’alliance capitale’ de la classe ouvrière et des travailleurs Intélectuels” en *Economie et Politique* (Francia) N° 186-187.
- Maggiolo, O. J. 1957 “Plan de reestructuración de la Universidad, Cuadernos Universitarios” en *Suplemento* (Montevideo: Centro de Estudiantes de Derecho) N° 1.
- Marchaís, G. 1970 “Rapport du CC au XIX Congrès du PC Français” en *Cahiers du Communisme* (Francia) N° 2.
- Marx, K. 1946 *El Capital* (Buenos Aires: Biblioteca Nueva) traducción J. B. Justo y J. E. Hausner).
- Marx, K. 1968 *Fondements de la Critique de l’Economie Politique* (París: Anthropol) vol. II.
- Marx, K.; Engels, F. 1952 *Obras Escogidas en Dos Tomos* (Moscú: Lenguas Extranjeras).
- Marx, K.; Engels, F. 1962 *Werke, Dietz Verlag* (Berlín: Band 23).
- Massera, J. P. 1969 *Estudiantado y capas medias* (Montevideo).
- Metzger, J. 1969 “Le PC Français et les ingénieurs, cadres et techniciens” en *Economie et Politique* (Francia) N° 175.
- Ribeiro, D. 1968 *La Universidad latinoamericana* (Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República).
- Sartre, J. P. 1968 “Diálogo con Daniel Cohn-Bendit” en *Cuadernos de Marcha* (Uruguay) N° 15.
- Shkaratán, O. 1969 “La clase obrera de la sociedad socialista en la época de la revolución científico-técnica” en *Ciencias Sociales Contemporáneas* (Moscú) N° 1.
- Shpirt, A. 1969 “La RCT y la economía, de los países en desarrollo” en *Ciencias Sociales Contemporáneas* (Moscú).
- Sokolov, I. A. 1969 *Contradicciones del capitalismo contemporáneo* (Moscú: Znanie).
- Ulbricht, W. 1968 *Significación y validez de la doctrina de Carlos Marx en nuestra época*.
- Vernay, C. s/d “Le développement actuel des forces productives” en *Economie et Politique* (Francia) N° 186-187.
- Vernay, C. s/d “Science et production” en *Economie et Politique* (Francia) N° 175.
- West, J. 1970 “Superbeneficios para los capitalistas, mayor explotación para los trabajadores” en *Revista Internacional* N° 1.



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la [Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad \(CPS\)](#). [Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano](#), que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar